

volverías loca si cayeras en la tentación de querer seguir sus pistas...

-¿Polimnia?

-¡Sí, tonta! - le digo, con mucho agitar de pestañas, que a ver si ahora va a dejarme plantada - ¡claro que sabes quién es!, una de las gemelas primas de Nita...la joven. Sí, mira tú - me muerdo un poco el labio, como pensando una jugada muy arriesgada, pero el mordisco es de contrariedad porque no sé si no me estoy pasando, que yo con una gemela ya tenía bastante, ¿y la prima Nita?...soy una inconsciente -, gemelas y a ésta le llaman la joven, de siempre, pero es que lo parece de verdad. A Sisenia no la puede ni ver - a ésta que me maten si sé de dónde la he sacado -, la otra sí, pero como se pasan la vida peleándose... basta que una diga blanco para que la otra se decida por negro... dice de ella, de Sisenia, que es un ser absolutamente repugnante y dañino que se dedica a destrozar con su lengua afilada toda cosa viva que tenga la desgracia de ir a caer dentro de su area de influencia. Que por su culpa, dice ella, muchas de vosotras - y aquí, como un rayo que bajara del cielo me ilumina la mente que el vosotras nos puede traer problemas, que van a preguntar éstas, que por cierto las tenemos embobadas, si es que tenemos otras amistades al margen de ellas, así, de tapadillo, y que quiénes son...pero ya no tiene arreglo - estáis totalmente equivocadas con respecto a Calidea. Claro que, tratándose de Calidea, no sé si alguna podremos dar fe de conocerla bien con esa forma tan particular que tiene de relacionarse. No, cuando dice eso a mí no me mete, dice muchas de ellas tal vez por ese prurito de cortesía que lleva a excluir al interlocutor de lo que en cierto modo se está criticando. No me extrañaría que, cuando sea con Ilefra con quien esté hablando, dijera muchas de ellas están muy equivocadas. Que ahí ya sí estaría entrando yo, ¿verdad?

-Es posible - dicen a coro cuatro o cinco de estas, que estoy segura de que se están aprovechando para hacernos tram

pas.

-¡Pero en tal caso Ilefra te lo habría contado; sois uña y carne!, por cierto, ¿qué es de ella?, hace siglos que no la veo.

-Pues, precisamente, hace pocos días coincidí con ella. En una boda... ¡qué cosas ocurren!... ¡imagínate que icómo, tú aquí! y ipues yo sí que para nada contaba con encontrarte! tirando tirando de la hebra y pues fulanita y menganita y esto y lo otro y lo de más allá resulta que somos medio familia... muy indirectamente, claro está: tiene una prima que está casada con un medio primo mío, hijo de un hermano del marido de la tía Séfora. ¿A que no lo sabías?

-¿Te refieres a Euclideia?

-Oh, no querida, Euclideia no; con un hijo del tío No lasco está casada una prima de Calidea, pero de la que ahora yo te hablo es de Ilefra. Parece que son una familia bastante pintoresca que en su historia ha tenido de todo; pero yo los chismes no los conozco por ella, que apenas se tratan; no, yo lo que sé de ellos es a través del tío Orsalio, que ese si estarás enterada de que enviudó...

-La vida es que es una verdadera red - recogiendo no se ya ni quién la jugada que ni me he enterado si he ganado o perdido -, no me digáis que no, todos vamos y venimos por ella - y se pone esta espontánea a repartir y me vienen unas cartas malísimas que pienso me las está dando adrede resentida de que las tengamos ahí como que olvidadas -, nos relacionamos con gentes a las que suponemos conocer sabiendo en realidad poquísimo de ellas; hilvanamos anécdotas de figuras sin rostro y nos cruzamos con cientos de caras en las que ningún rasgo nos revela que tal o cual episodio esté perteneciéndoles.

-Es cierto - por lo visto van a decantarse por metafisiquear, mejor así, que si se interesasen por los hechos iban a pillarnos en muchos marrones, por lo menos a mí -; yo llego a

veces a pensar, incluso, si tirando más y más de la hebra no terminaríamos teniendo, todos de todos los demás, motivos más que fundados para odios y amores y no la indiferencia con que asistimos a todo cuanto queda fuera de lo que estamos estimando nuestro círculo.

-Absolutamente de acuerdo, querida - ésta es otra, que también se siente subyugada por el teorizar -, porque, como yo digo: ¿qué es exactamente nuestro círculo?

Y lo ha preguntado en un tono incisivo, acusador, y nos ha mirado, a nosotras dos, entornando los ojos como quien interroga ¿el vuestro y el nuestro, son el mismo?. Pero yo he desviado la mirada simulando querer llamar la atención del camarero, que traiga por favor la nota en tanto la anterior de nuevo se reengancha:

-Y no estoy ya queriéndote decir en cuestiones de sangre...sangre o lo que tengamos dentro de las venas. No me estoy refiriendo a la familia dentro de la que naces y que las más de las veces, a fin de cuentas, te puede resultar tan ajena como si te hubiera tocado en una rifa a beneficio de los chinitos del Congo una tarde de domingo en el patio de la iglesia.

-No. No eso, por supuesto - otra, que quiere aportar su granito de arena o expresar que tiene su propia opinión al respecto -; ningún tipo de lazo y sí los verdaderos afectos; esos seres afines a los que se quiere tanto a veces, ¿verdad?, y sabes que hubo quien, tal vez, quizás, alguna vez, les hizo sufrir, les causó daño en ocasiones y tú, ignorándolo, te sigues comportando de forma natural.

-Sí, ¿cómo nos sentiríamos frente a una persona a quien tenemos cariño si supieramos que es o fue culpable de la desdicha de otra a quien se lo tenemos también?

-Hay algo en la comunicación de unos con otros que, estoy segura, funciona mal - una que ha estado callada toda la tarde, una chica bastante retraída y muy hacia adentro -, está

mal montado.

-Sí - apunta otra, porque el camarero viene ya con la nota y rebuscamos todas por los monederos y nos empezamos a poner los abrigos y se ve que ella también desea dejar constancia de que estuvo y de que también participó -, pero no tengo claro qué pueda ser ni si está interferido por responsabilidades individuales o más bien regido por una...inconsciencia colectiva, o algo así.

Y aunque esto último no lo he entendido yo muy bien no entro en profundidades porque es tarde, más de lo habitual, que se nos ha ido el santo al cielo y salgo corriendo adiós, adiós detras de ésta, la que me metió en el embolado de tanto chismorreio que aún no me explico como hemos podido salir tan indemnes de él. Y alcanzo a alcanzarla en el borde mismo de la acera y oye, le digo, eres una insensata; apenas si he podido seguirte el juego y va y me contesta con toda frescura ¿y de qué te quejas?, has ganado más que cualquier otra tarde.

-No digo eso - le digo -; no estoy hablando de los naipes.

-Yo tampoco - me dice.

-¿De qué entonces? - le digo.

-Tú siempre has suspirado por parecer normal - me dice, algo enfadada ahora -, ¿no?. Pues hoy lo has sido.

-¿Normal por tejer toda una maraña de patrañas? ¡Pero cielo santo si eso es agotador; tantas mentiras!

-No no no no no. No llames mentiras a lo que es fantasía...¿habías fantaseado tanto alguna vez?

-Ni falta que me hace - respondo -; que yo con la realidad ya voy que ardo.

-¡De eso nada! - y ha parado un taxi, pero como es de no fumador le hace señas de seguir -; con la realidad ni tú ni nadie va que arde...Además - se me encara muy tiesa -, ¿qué es la realidad?

-Pues...- me quedo un poco pensativa -, todo lo que está obedeciendo a circunstancias verdaderas.

-Las circunstancias verdaderas - y arruga despectiva la nariz - no son otra cosa que entelequias.

-Entelequias que no se pueden eludir...además - me agarró a un clavo ardiendo porque no estoy segura de estar en lo cierto - has incurrido en errores e inexactitudes de tiempos y de nombres.

-¿Y qué?. Yo, y tú, y aquella señora de la falda azul, y aquel señor que tiene un bulto en el cuello, y aquella señorita del busto tan erguido, y el conductor de aquel autobús y un barrendero y un mendigo y la virgen de Lourdes...porque alguna virgen habrá en Lourdes o en Chinchón...todos nos levantamos cada mañana con nuestras circunstancias puestas y ahí está el día, es perándonos, con todo su acervo de expectativas y exigencias y prioridades y motivaciones y desidias y temores y espantos. ¿Y qué hay que hacer en ese instante?, ¿qué es lo que procede cuando agilipollada abres el ojo - porque cuando se excita habla mal - y tu estómago dictador y tirano te reclama...porque lo quiere ya, no atiende a nada...tu cafetito con la dosis exacta de leche descremada a que ya lo ha acostumbrado tu pulso obediente como un perro y tu ración de azúcar...la cucharita llena y una levísima sacudida por que se desprendan los diecisiete granitos que son justo los que sobran para que no ingieras ni una caloría de más y todos los días de tu vida idénticos gestos y los mismos tics... y mientras te lo bebes, a pequeños sorbos, y fumas el primer cigarrillo del día y haces la cama a tirones desganados porque si no lo haces cuando regreses ahí estará?...¿Qué es lo que todo el mundo se detiene a hacer en ese instante, eh?, ¿quieres hacer el jodido favor de decírmelo?. Si eres una imbécil lo mismo te atreves a decirme que lo primerito que hace todo bicho viviente es pasar meticulosa lista a eso que tú llamas sus circunstancias verdaderas, eso lo primero, no sea que luego en mitad de la calle

eche en falta alguna y sin ella no sepa vivir...y a continuación, lo segundo que hace, es ordenar todos los datos que le han ido entrando en la cabeza a lo largo de años en rigurosa fila india, cada tiempo y cada nombre en su preciso lugar...primero en orden alfabético y luego cronológico, ¿sí?...¿está a gusto tuyo ese criterio o elegimos otro?...a mí me da lo mismo siempre que tengamos cada minucia de la vida perfectamente localizada; y, ya con toda tu provisión referencial y anímica impecablemente alineada y a salvo de interferencias y agresiones, te lanzas a la calle o te quedas en cas...te advierto que no hay diferencia ninguna entre dar la vuelta al mundo y darla alrededor de tí misma buscando el cinturón de la bata...viviendo ahora mismo tu ahora mismo mediocre, atenta a que cada dato y cada gesto acuda diligente y presuroso a ubicarse en el lugar inequívoco que será vital a la hora de determinar la coherencia o la incoherencia de tu propia historia.

Y que si esa era la realidad que yo quería; y que si supeditarse a tal esclavitud era lo que yo llamo ser normal como tan preocupada parezco por querer ser.

Y que si yo no soy una melona - agregó - no me quedará más remedio que admitir que la verdadera realidad con la que cada día respiramos y nos movemos y nos quedamos un instante absortos mirando el color del cielo o un botón en la camisa del vendedor de periódicos no tiene nada que ver con la tangibilidad de los objetos ni con la susceptibilidad que supedita a cada experiencia de la vida a poder o no poder ser verificada.

Y paró un taxi al vuelo y desapareció en un instante sin atender siquiera a que llevaba la pegatina de prohibido fumar. Ella, que es tan inflexible para eso y que se puede dejar plantadas media docena de lucecitas verdes en la parada e ir a subirse en uno allí en el semáforo, que todos los demás protestan, porque a mí no me torea ningún histérico. Dice...pero hoy no dice nada, nada aparte de todo lo que ha dicho, quiero decir, y yo

me quedo ahí, mirando al suelo como una pazguata con la cabeza que medio me da vueltas y sin aclararme de a qué cuento ha venido el largarme semejante perorata tan airada cuando veo aproximarse unos pies, y levanto la cabeza, y agarro a la señora por la manga y le digo lleva un zapato de cada color.

-Ya lo sé - dice, y era una señora muy guapa y con una pinta buenísima -; a la pareja del negro se le partió el tacón al regresar a casa ayer por la tarde y a la del marrón esta maña na cuando me disponía a salir...y yo no tengo más...dígame si no es suerte que sean los dos igual de altos.

Y me dedicó una sonrisa afable y siguió su camino y a mí me vinieron a la cabeza muchas cosas que no podía alinear en mi pensamiento todas a un mismo tiempo. Y, un instante después, a saber dónde estaban ya cada una en una dirección mi compañera de juego y la desconocida de los zapatos disparejos; y yo, allí, a unas distancias que no me era posible medir de la una y de la otra.

-Y que ella, lo sabía porque se conocía, no podría nunca ser tan libre y tan independiente; tan poco convencional, dessinhibida. Que no sabría.

"No sabré".

Que dijo.

Y "yo sólo sirvo para lo racional y lo lógico, para lo de antemano establecido, para lo previsible", oyó decir - recuerda, aunque no sabría ya decir, dice, ni dónde ni a quién porque en su cabeza, aquí dentro tocándose con dos dedos la frente, hay ya demasiadas imágenes y algunas muy imposibles y, otras, más posibles quizás, no está segura de si en verdad alguna vez las vio o fue nada más su pensamiento quien les dio forma y color, que ya no sabe - y mientras habla va y viene por la habitación algo revuelta algo tal vez porque cosas de ella se le ha metido en la cabeza, ya no sé por qué número de intento va, dejar de fumar y lo toquetea todo, nerviosa; y en uno de sus ires y venires,

al girarse, acierta a pasar junto a la radio y, sin mayor intención, aprieta el botón y dice mira - señalando con su dedo amarillo de nicotina la voz del locutor - "el espíritu de" y que si la familia de ese chico hubiera tenido tan sólo una chispa de dignidad se habrían marchado del país en lugar de dejarse engatusar con homenajes por el gobierno que, por pura soberbia, fue quien a fin de cuentas lo dejó matar...aunque...¿para ir a dónde, verdad?...que preguntó y en lugar de apagar de nuevo el receptor lo mira con un algo de deleite, de congratulación no con pero sí por toda aquella masa informe que - decía ahora el locutor: grita con ira contenida "basta ya" - dice, tan gente - en tono despectivo - como pueda ser la gente de aquí lo será lo más seguro la de allá. gente, nada más...y tuve que ser yo quien me llegase hasta la radio y la apagase y así desapareciera de su cara aquella sonrisa tan absolutamente repugnante.

Y cuando ya hubo silencio sí que dejó de sonreír, y descruzó los brazos que había mantenido cruzados muy fuerte, y le rodaron por las mejillas dos lágrimas gordas. Y recuerdo que le dije:

-No merece la pena el tomarse la vida tan mal.

Dice.

Y también ella ahora se seca la cara con el dorso de la mano y con un suspiro resignado agarra sin querer el paquete de tabaco que tanto ha tratado de evitar y empieza a uñetear como queriendo sacar uno; pero debe de ser que de repente ha recordado que no debía y, en lugar de sin más volver a posarlo, lo lanza sin mirar en la dirección mía, y tengo que pegar un pequeño salto para alcanzarlo porque llevaba toda la tarde sin fumar, por no darle envidia, que me moría de ganas de fumar...Ah, sí, que se me había ido: que si bien reconocía y admitía que sería bueno el ser más analítica no tenía idea de qué podría hacer para liberarse de su arraigada propensión a no centrarse, a ser cual hojas del árbol caídas, juguetes del viento son...y que si yo sabía a

quién pertenecía y qué venía después.

Y tuve que decirle que no.

Y porque quiere liberarse, porque quiere aprender a centrarse y porque desea dominar el cómo introducir en su yo la cualidad de no dispersarse escudriña, y discurre, y cavila y me dita y se extravía y se pierde en divagaciones tortuosas y en dis cursos tan enmarañados e imposibles y confusos que, sin que ape nas puedas alcanzar a darte cuenta, te va alejando de tu propio norte preguntándose e interrogándote acerca de quién sabe qué cómos, demandado implacable "si lo sabes dímelo".

Porque todo su afán es desglosar, aislar.

Sabe que no va a lograrlo nunca porque es una de las destrezas que, dice, cuando Dios se puso una mañana a la sombra de un ciruelo a repartir tarta de dones y gracias, cuando le to có la vez a ella - y lo puede decir medio riéndose, como si no le doliera - no se sabe si es que un subalterno le dijo al oído Señor, discernimiento no nos queda o es que al mismo Altísimo le pilló de mal talante...o así es como ella a su manera lo cuenta... no siendo, que también pudiera ser, que es que ande yo hecha aho ra un lío porque ibamos paseando, lo recuerdo perfectamente, por la Carrera de San Jerónimo hacia abajo, en dirección a Neptuno, claro, y al pasar por el escaparate de Mira sé que pensé milhojas milhojas de merengue como tanto me gustan...porque estaban en una rotonda y daban vueltas...ya no quedan casi confiterías con rotondas que dan vueltas, ¿verdad?, mandabas parar al cochero y con la mano enguantada de encaje...y como siempre he sido tan golosa pues pero eso puede nada más comprenderlo alguien tan go loso como yo, si yo lo entiendo, cómo puedes pararte por semejan te nadería con la congoja que tengo yo aquí y eso es porque no me escuchas que para qué sirve la amistad si cuando estoy ator mentada no me atiendes y por eso no dije ni palabra y me relamí en silencio y a mí el mar me chifla una a otra dos jovencitas con quienes nos cruzamos y la otra a mí también, allí tumbada me olvi-

do de todo y tan feliz y "si lo sabes dímelo", que fue justo ahí cuando lo dijo, y yo que "pero ¿y cómo quieres que pueda saber lo?" y entonces me miró o quizá era tan sólo que me lo estaba pareciendo a mí pero ¿cómo puedo yo diferenciarlo, eh, cómo podemos trazar nadie una línea divisoria y que no se mezclen las emociones ingratas con las sensaciones placenteras o distinguir si es que oímos la angustia ajena ahí fuera o estamos escuchando con la propia angustia dentro?, ¿eh?, ¿cómo?.

-Y que tuvo la sensación de que en su forma de mirarla había reproche, o resentimiento o algo así y todo se le hizo a ella un barullo en el interior de su cabeza y que pensó...bueno... que aun junto al mar y en las condiciones más en apariencia deleitosas algo puede estar martirizándote y que aunque entrara en la pastelería y pidiera una milhoja, tan dulce, la seguiría amargando el no acertar a convencerla de que si no se lo digo es porque ni idea pero - dijo - de quien ahora te estoy hablando es de él, de cómo contaba lo imposible que le ha resultado a ella, pero que eso de siempre, de toda la vida, centrarse, y de cómo anda siempre buscando la forma de poder conseguirlo dejando cada lugar en su momento y cada instante en su sitio y cada palabra exactamente en la boca que la dijo.

Y entonces yo le dije a ella, a la señora que no se identificó y no por dárselas de misteriosa, que no se las dio, sino porque decía que los nombres verdaderos inducen siempre a confusión y te desfiguran aunque sólo sea un poco a la persona real que está llevándolo uno, sea el que sea, porque cabe la posibilidad de que tú ya conozcas a alguien que lo tiene igual y la desidentifiques, a ésta o a la que conociste; y yo le dije:

-Le dije pero usted no me hablaba, no me hablaba usted de él. Usted me hablaba de que era él, precisamente, quien a usted le hablaba de alguien que a su vez contaba la historia; que él se lo narró con sus propias palabras.

-Y ella contestó que con las propias palabras de quién.

-¿Cómo que de quién?. Usted debe de saber...

-Yo no tengo por qué saber nada - dijo.

Y que la vida es muy larga y que a lo largo de los días se ha cruzado una con muchas gentes y ha oído retazos y ha visto fragmentos y que qué puedes hacer sino vivir con todo ello tratando de olvidar o sintetizar al menos en lo más relevante, en justo el gesto o el rasgo que en mitad del marasmo te impactó y, aislado, ir a depositarlo junto a todos los demás gestos o rasgos que para tí están teniendo un contenido universal "porque para no dejarme estrangular por mis propios esquemas - dijo - nada más puedo valerme de mis propios criterios".

-Y en su mis había un deje despectivo hacia su propio yo y en la punta de sus uñas pintadas destelló, al señalarse a sí misma, un fulgor de indignación y "y he de estar constantemente batallando porque los unos a los otros no se me devoren entre sí", dijo. Y agarró la toalla, por una esquinita, con mucho remilgo, y dijo que no le veía ella la gracia a veranear en ese hacinamiento y salió andando muy digna con los zapatos en la mano porque pisar la arena con calzado es de mala educación, falta de clase y que que dónde se ha visto una playa como Dios manda sin butacas de mimbre y sin casetas, que que cómo te cambias y la miré alejarse y cerré el libro porque total ya me habían dado cuatro balonazos y así no había forma de centrarse y me di la vuelta y cerré los ojos también con la mejilla apoyada contra la arena y ¿es esto disfrutar de la vida y un remanso de paz?.

-Pero que a pesar de todo se debió de quedar amodorrada porque cuando volvió a levantar la cabeza todo el mundo se había marchado a sus casas o a comer en los chiringuitos y sólo que daba una familia numerosa alrededor de una mesa plegable repar tiéndose rebanadas de sandía y Dios a ella no le había guardado ni un trocito de tarta cuando sabías, que lo sabías muy bien, que pasara lo que pasase yo iba a venir y que la iba a oír en cuanto to se lo encontrase cara a cara porque en cualquier esquina del

tiempo nos tendremos que ver y que todo lo demás era silencio, un silencio quebrado tan sólo por el ir y venir de sus pasos pausados, que, en silencio ahora y con las manos hundidas en los bolsillos de su pantalón que ella pensó es de tweed, se paseaba ahora.

Sí, lo recordaba, hizo un silencio y se puso de pie, y caminó unos pasos sin rumbo pero muy aplomados, y tomó un libro de la estantería para de inmediato colocarlo de nuevo allí de donde lo sacara, y no suspiró, y encendió un cigarro y descarté la idea que pasajeraamente tuve de que la visita de las señoras a la exposición no iba a contármela, y acarició a mi gato que, con ese gesto arrogante de los gatos, se había plantado muy sentado de culo frente a él y lo miraba impertérrito a los ojos y le maulaba como en demanda de algo.

-Y a mí eso me dejó un poquito perpleja.

Perpleja y sumida en consideraciones de que hace falta estar en posesión de una absoluta carencia de juicios y de criterios prefijados para osar mirar así, tan a la cara y tan sin reparo...

-Y más a alguien de aspecto tan, por cierto, poquito festero por decirlo suave.

...y se dijo que tal vez el porqué residía en que el felino es un ineducado aunque bien acostumbrado sí que lo tengo; conste y cuando de nuevo abrió la boca - él, no el gato - hubo de trascurrir un buen rato hasta que logró darse cuenta de que quien en realidad hablaba no era en realidad él sino alguien de mucha más edad.

-Porque, aun tan joven, era él lo suficientemente serio como para poder haber estado siendo quien tuviera "tan inveterada costumbre"; que al fin y al cabo el tiempo cómo se puede saber si es mucho o poco ni cuán antiguo puede estar siendo el enraizamiento de tal o cuál hábito en quién o cada cual, ¿verdad?, porque decía cuando la conocí tenía siete años y lo supe.

En seguida; tan pronto la vi descender del coche desde la ventana de la biblioteca - donde tenía la inveterada costumbre de recluirme todas las mañanas - supe que era una criatura extraña y albergué, ya desde aquel instante, la angustiosa sospecha de que estaba condenada a no ser feliz jamás.

Llevaban instalados ya un par de semanas sin que nadie hubiera logrado aún ser obsequiado con discurso salido de sus labios que excediera de un recatado "buenos días" envuelto, en honor a la verdad, en una sonrisa confiada y apostillado, indefectiblemente, con el nombre exacto del primo o la prima a quien estuviera destinando el saludo. El mismo trato correcto dispensaba a todo el personal de servicio, al que desde el primer momento dio muestras de firme resolución de bajo ningún concepto importunar - a diferencia de sus primos y aun de sus hermanos - y al que respondía con frases muy cortas acompañadas, sí, de la sonrisa, y con motivo nada más de requerimientos provenientes de cualquiera de ellos como el "¿quieres un poco más de leche?", en el desayuno, siendo su réplica invariable "no, Georgia, muchas gracias".

Parquedad y comedimiento que en nada iban a la zaga de los que adornaban las escuetas locuciones que no le era posible soslayar estaban presentes, asimismo, en sus prolongados periodos de esparcimiento - los ínterin entre comidas, únicos momentos del día en que, con precisión inquebrantable, eso sí, a las dos y a las nueve y media y un frugal tentempié a las cinco y cuarto, toda la familia había de comparecer en torno a la mesa del comedor - que ella dedicaba, sin jamás mostrar el más leve indicio de hastío, a permanecer sentada e inmóvil, en el banco de piedra más olvidado en el último confín del jardín - allí la observaba yo día tras día desde mi ventana, desatendiendo por su causa mis lecturas predilectas, las obras de los clásicos que siempre me gustaron - y dando prueba de que su persona no era una estatua más mediante el cadencioso oscilar de sus piés, que

no le llegaban al suelo, cruzándose y descruzándose en el aire.

Esta frenética actividad estática la desplegaba únicamente si el tiempo atmosférico lo permitía, si bien no carecía de vitalidad y arrojo para perseverar bajo una lluvia fina - muy tenaz sin embargo en ocasiones - hasta que alguien iba a buscarla provisto de un paraguas y una somera amonestación, que no precisaba ella de dilatadas peroratas para avenirse a obedecer y, los días francamente desapacibles o de tormenta descarada, quemaba con denuedo y ferocidad sus energías enclaustrándose en el confort del desván y dando rienda suelta a sus incontenibles ansias de, simplemente, mirar a lo lejos sin hacer absolutamente nada de codos sobre el alféizar de la ventana y la palma de la mano bajo el mentón.

Para mí eran infinitamente más comprensibles mis otros nietos, sus mismos hermanos a los que me adapté en seguida ya que ellos, sin ningún problema, se incorporaron de inmediato a los hábitos de los primos y, a la mañana siguiente de su llegada, ya se tenían intercambiado número suficiente de cachetes, improperios y empujones como para poder ir columbrando que el entendimiento prometía ser perfecto y la manera de comportarse de los forasteros merecedora, en breve, de reprimendas y correctivos de tanto postín - si no es que llegaba a aventajarla, que visos ya iba dando - como los impartidos a los aborígenes.

¿Que por qué sé que se encerraba en el desván?; voy a confesarte la verdad: la espiaba.

El primer día que no le fue posible recogerse en su clausura al raso anduve inquieto, preocupado sin atreverme a preguntarle abiertamente a mi hija si sabía dónde estaba en tanto ella, la madre, pasaba indolente las páginas de su La muerte bebe en vaso largo con una tranquilidad que yo, mordiéndome las uñas y dándome enrabiados tirones del bigote, le envidiaba.

"Ya sabes cómo es", había replicado plácida - y yo pegando la oreja, presuroso - a un breve comentario neutro de la

abuela.

Finalmente agarré un paraguas y salí, protestando a los requerimientos de las damas que la mañanita era sencillamente perfecta para dedicarla a pasear y que qué mejor cosa. Al cruzar el zaguán allí estaban los chicos peleándose a brazo partido en un alarde de confraternidad y armonía digno de verdad de encomio.

Deambulé furioso por los senderos y cuando ya me noté satisfactoriamente empapado y consentí en volver fue cuando, de regreso, alcé casualmente la vista, y allí estaba, tan ricamente de codos tras la ventana cerrada.

Estornudé y Fuensanta me dijo "señor, el señor está mal de la chaveta con este día, traiga traiga y suba inmediatamente a cambiarse" y luego ellas "vas a coger frío". Pero a mí ya qué más me daba, tan contento, desterrada la angustia de ¿y mi pequeña?.

Sin embargo, cosas, de acercarme a ella no era capaz, y tardé aún; me cohibía, no encontraba la forma de abordarla, de mostrarle mi afecto, mi cariño. ¿Con qué podría obsequiarla? Los cachivaches y trastos y juguetes no parecían entusiasmarla; nunca la vi acarrear muñecas. Consideré muy seriamente la posibilidad de invitarla al observatorio pero la deseché, avergonzado, que el mundo de las estrellas le parecería, sin duda, tan del todo fascinante, que lo estimé argucia sibilina en exceso.

Pero yo quería, ardía en deseos de ganarme su amistad y su aprecio; ansiaba con toda mi alma pesquisar a qué cogitaciones se consagraba en su silencio, en su aislamiento que, por otra parte, ni a mí ni a ninguno de los restantes miembros de la familia - y no íbamos a estar todos siendo y al unísono un hatajo de molondros ineptos e incapaces de un mínimo de perspicacia - se nos antojaba en modo alguno síntoma de una personalidad cacotímica; que sólo había que ver el saludable color de sus mejillas y el brillo enormemente vivaz y alegre de sus ojos.

"¡Hola!, ¿qué haces?" - ensayé bajo dos vueltas de lla

ve atrincherado en la biblioteca y sirviéndome de, para hacerme el clima ¿sabes?, una preciosa muñeca que con sigilo hurté a una de las mayores adolescente ya que la tenía junto a otras muchas arrumbada en un rincón -, jugueteando embarbascado con el puño del bastón y poniéndome de pie y volviéndome a sentar, muy trémulo. Era una membrillada, viejo patoso, lo que hacía bien a la vista estaba: estar sentada; y preguntar sobraba. Además me daba vergüenza; me veía a mí mismo un poco como un sátiro, un Orión achacoso y grotesco merodeando palurdo alrededor de una adorable Mérope. Y no me gustaba, ni me daba la gana.

¿Por qué tenía que sentirme tan amedrentado por causa de una mocosa asilvestrada que, encima, era mi nieta? - zarandeeé la muñeca y la volví a arrojar sobre el sofá, con rabia -; ¿por qué, vamos a ver la interrogué encarándomela autoritario, altivo, y me percaté de que en las prisas había arramblado con la tuerta por qué no has podido pegarme ni un triste pelotazo, un balonazo sólo, en el porche, tomando mi martini?. Tres me ha dado ya tu hermano Prudencio...O escondido mis lentes, o roto algo que me importase mucho...- y dediqué una ojeada minuciosa a la estancia toda sin dar con nada que me maravillara.

"Bueno, da igual - me dije -, mostrarse enojado tampoco puede ser demasiado difícil".

Resoplé aliviado. Eso haría: aprovechar la primera oportunidad que se terciara para espetarle una buena reprimenda, si venía al caso como si no, que las escaramuzas derriban barreras y acortan distancias; y, en última instancia - le expliqué a la muñeca, aderezándole los bucles y colocándola correctamente sentada así, angelito, de verdad que lo siento -, en última instancia me queda el recurso de pedir perdón si acaso me paso. Y no es verdad que mi niña sea una criatura rústica, nada más lejos, ¡pero tan inabordable!...Y a tí - a la muñeca - te disfrazo de pirata y listo.

Y le até mi pañuelo de seda en torno a la cabeza, ta

pando su ojo ausente, y se quedó tan guapa.

Miré por la ventana. Ella estaba en su banco; todo en orden. Me acomodé con pulcritud los puños de la camisa y los gemelos, y me centré el nudo de la corbata y me atusé el bigote; ya disponía de un poryecto de estrategia y me podía sumergir sin cuidado en mi La República.

"Te vas a enterar", aún dije. Y el resto de la mañana leí.

Hubieron de trascurrir todavía otras dos semanas completas. Era jueves, vigesimonona jornada mediante desde el desembarco jenízaro y su profusión de baules, sombrereras y caniches y mis aspiraciones no llevaban camino de verse colmadas. Cuando subí a la biblioteca, después de cuidar los rosales del porche trasero - me complace atenderlos personalmente - eché el consabido vistazo a través de los cristales y comprobé con desazón que su banco estaba vacío. Claro que, mucho no me alarmé, porque al levantarnos de la mesa del desayuno oí cómo su madre le decía hoy te vendrás conmigo, cielo mío, estoy cansada de no acertar y ella se llevó presurosa el índice a los labios, instándola a callar acompañándose de un ssssshhh.

Sí, ahora lo recordaba, mi hija, por alguna enigmática razón llevaba ya como diez o doce días ausentándose sin más explicación que un conciso voy a la ciudad si bien, a veces, añadía un hermético a ver si hoy quiere Dios que tenga por fin suerte.

De modo que me senté y leí. Es decir, lo intenté sin conseguir concentrarme. Por más atento que había estado, a todas horas, la ocasión de poner en práctica mi plan se empecinaba en zafárseme... ¡con qué cara podría uno aprestarse a echarle una regañina si no había nada, nada en absoluto que pudiera reprendérsele!. Había decidido, incluso, ser despiadadamente crítico y afearle su conducta en cuanto viese que utilizaba mal en la mesa un cubierto. Pues no hubo manera, que ni con el besugo ¡con tantas espinas! cometió ningún fallo, ni aun con caracoles - que ya

di yo pero que bien la lata con cuánto me apetecían - y mi hermana Portámide ipero si nunca te han gustado! que ganas me dieron de matarla.

Los chicos sí: volcaron copas y, con el caparazón de un gasterópodo, Triliano hirió en una ceja a su tía Brianda. Pero estaba yo de tan mal humor que no tuve ni ánimos de decir nada. Anda ya y que se descalabrarán.

Oí voces.

-¡Cielo santo. Qué alivio! - era la voz de mi hija.

-¿Qué? - ésta era mi nuera -, ¿lo de siempre?

-No - mi hija rió -, la hemos encontrad...- se paró en seco -. Está bien, esta bien; disculpa. Es que es un secreto - y colegí que la confidencia última iba dirigida a su cuñada.

Cerré el libro sin necesidad de marcar página, sabía perfectamente que iba por la doscientas ochenta y cuatro: "¿y piensas acaso que la verdad guarda afinidad alguna con la desmesura o con la proporción?"...icinco mañanas llevaba ahí encasquillado!, y aunque grosso modo atisbara que "hemos de buscar un alma proporcionada y con gracia que posea una disposición natural para aprehender la esencia de cada ser" no me enteraba porque no estaba a lo que iba.

Lo volví a abrir. Por cierto, de repente me di cuenta de que la bella pirata no estaba ya en el sofá. Cramonia la devolvería a su lugar, me dije.

Lo cerré de nuevo.

Salí.

Remoloneé por el zaguán y el porche sin saber qué hacer. Enderecé un cuadro y arranqué la hoja seca de una aspidistra.

Subí.

En el banco no estaba.

Al retirarme de la ventana dije eres un imbécil; la muñeca la tenías ahí, memo, encima del buró. Y, sí, allí estaba

pero no le hice ni caso; con su pañuelo y todo, muy corsaria.

Volví a mirar. No comparecía. Minuto y medio ya. Me acomodé en mi sillón preferido, firmemente resuelto a no dedicar a mocosa tan esquivia ni el más minúsculo de mis pensamientos.

Cuando a las doce y cuarto levanté la vista de mi lectura constaté, desalentado, que llevaba justamente una hora y nueve minutos en el mismo renglón "disposición natural para aprehender la esencia de cada ser" sin lograr quitármela de la cabeza.

Malhumorado e inquieto di por el recinto unas cuantas vueltas, sin rumbo, aplicando toda mi voluntad a mirar a cualquier parte excepto al ventanal.

Fracasé; en cuanto llegó a mis oídos un lapso de silencio atronador del todo me precipité a tirar de la falleba y pregunté a voces ¿qué ha pasado? aprovechando, al inclinarme hacia fuera, para mirar con avidez al punto preciso que con tanto denuedo trataba de evitar.

Mi hermana respondió algo desde abajo, "Frisenio se los ha llevado a todos a pescar", creo que dijo; pero yo no la estaba ya atendiendo. Había salvado mi orgullo viendo sin querer que ahora sí estaba sentada en el lugar de costumbre y no me pensé dos veces romper definitivamente el hielo.

Cerré y agarrando mi bastón me dirigí con paso decidido hacia la puerta. Con la mano en el picaporte me detuve: bueno sería ir provisto de un libro por si la entrevista...me podía colocar al otro lado de la fuente, mostrando mi perfil erudito...pasaba por aquí y... ¡bobadas! - solté el libro - nadie pasa por aquí accidentalmente junto a un banco que está allí perdido a hacer puñetas..."Pues me da igual", me dije, y agarré la muñeca, que esa lo mismo me podía hacer juego, y el libro - yo, terco -; y le eché mano sin mirar y salí.

Dos golpecitos secos de su mano derecha llena de hoyuelos sobre la piedra fueron la invitación a tomar asiento que obedecí sin rechistar, haciéndolo, no obstante, en el extremo del

banco, lo menos cerca posible de ella, como medio temeroso de es tar irrumpiendo en un territorio exclusivamente reservado a ini ciados ya que - contra todo pronóstico - ella encontraba por lo visto lo más natural del mundo que yo apareciera.

Me había parado, primero, a no más de tres o cuatro pasos de su espalda y carraspeado ostensiblemente, mas, como no diera señal de percatarse, rodeé el banco describiendo un amplio círculo y vine a situarme frente a ella.

Entonces me miró con su preciosa sonrisa y como tan normal y, al ver mi azoramiento, es cuando palmeó por dos veces la piedra y yo abandoné apocado mi pose de Gaspar Hauser y me instalé, encogido, atenazado por un envaramiento torpe, sin saber qué hacer con el bastón ni la muñeca ni el libro y mirando irre soluto ora el banco ora el suelo.

Me miraba tan ufana, con cara de Gioconda y, no pasán dole mi azoramiento inadvertido, apartó sus manos del borde del asiento y dijo:

-Siéntate bien. Vas a caerte - al tiempo que con suavi dad tiraba de todos mis pertrechos, que con tanto embarazo apre taba yo contra mi estómago -. Mira - agregó -, tus cosas las po nemos aquí.

Jamás me había sentido más ridículo. ¿No le chocaba na da que un caballero tan compuesto como yo llevase bajo el brazo una muñeca?, me cruzó fugaz. ¡Qué necio soy me reprendí piensa que es para ella!, ¿cómo puedes estarte comportando de forma tan descor tes?, obséguiasela - me ordené - y ya estaba alargando mi mano hacia la princesita bucanera cuando, a mis ojos, saltaron unas letras de molde y, a mis oídos, su lento y minucioso silabeo cos tum bres sex u al es de los an ti...- puse aterrorizado mi mano abierta sobre el título; algún pícaro que me iba a oír y como eran de la misma colección e igual formato y...-...guos poblado res de las islas Midway. Remató de un tirón.

-Cuando leo sin mover los labios - me hizo saber - me

cunde bastante más.

-Toma - dije, loco por cambiar de tema -, pensé que podía gustarte y...- y al tiempo que se la alargaba, con la otra mano me hice con el libro y lo quise dejar caer al lado contra rio, sobre el banco, pero la maniobra fue tan brusca, por culpa de mis nervios, que lo lancé lejos.

-Muchas gracias, abuelo - y al agarrarla me posó un beso fugaz en el dorso de la mano y -: deja - dijo, saltando al suelo -, ya voy yo.

-¡Ah!, no, si...- farfullé. Esperaba que no se hubiera percatado de que quería escamoteárselo pero...

Pero ya venía hacia mí con él en la mano. Con la otra abrazaba la muñeca que, al estar sosteniéndola ella con su pecu liar encanto, parecía remozada, mucho más nueva.

-Sé cuantísimo te gusta y...- decía ella.

-No. No lo creas...- muy presuroso, yo.

Se paró en seco, junto al banco ya, y con sus labios cerrados emitió desde la garganta un breve sonido gutural al tiempo que arrugaba el entrecejo.

-Pues pensé que...- pronunció al fin. Y soltó el libro boca abajo, algo decepcionada.

-No. No, de verdad. Ha sido un lamentable malentendido y...

-Bueno - al verme agobiado se apresuró a alejar mi aflic ción -, tampoco es para tanto - dijo - pero si mamá no se entera pues mejor.

Y alisó el aire con un desplazamiento horizontal de su mano plana , como quien dice tema zanjado.

-¿Tu madre? - sobresaltado yo.

-Sí. Pero no lo sabe nadie más.

-¿Seguro? - y de veras que estaba yo hecho un lío.

-Se lo hice prometer.

-¿Tú?

-Yo.

-¿Pero cómo tú has podido suponer... - mi bochorno era inenarrable.

-Yo no sé suponer - argumentó -, soy demasiado pequeña; yo nada más sé saber o no saber - y me miraba con desconcierto.

-Digámoslo así - acepté -, ¿cómo has podido tú saber...

-Pues, mira, lo sabía - compungida, y como viera mi creciente sorpresa que tomara, tal vez, por enfado, arremangó la nariz, contrita.

-¡Pero si ni yo mismo lo sabía! - defendiéndome con uñas y dientes -, ¿cómo tendré que decírtelo? - y tal vez más irritado de lo que yo mismo hubiera deseado, y menos tratándose de ella, mi niñita adorada.

¡Dios bendito!, me habría tirado yo solo de los pelos. Después de tanto como estudié, de todo cuanto aquilaté. Que el observatorio es deshonesto, que la colección de mariposas siniestra... - se la birlé a su primo Grinólido con idea de mostrársela, ¿sabes?...pero me dije "¡cómo vas a herir su sensibilidad con semejante exhibición de cadáveres!" - y que son bonitas, no obstante, cuando las quieras ver te las enseño, que no las he devuelto aún -...me dije, "atravesados con alfileres sus cuerpecillos; es cruel"...total para estar ahora...bueno, entonces...atascado en un atolladero por culpa de los antiguos pobladores de no sé qué is...¡¡Qué rayos me importaban a mí las islas Midway y sus salvajes gentes?

Juntaba las cejas, furibundo, y me propinaba tirones de las barbas y sentía un nudo insoportable en la garganta.

-Bueno - dijo, y como estaba a mi lado, de pie, alcanzaba bien a mi cabeza y me acarició el pelo -; cálmate. Hala - y me colocó un beso en el pómulos, donde no había barba -, que no pasa nada.

Y con un leve suspiro retiró la mano de mi frente y, sí, me parecía a mí que me sosegaba. Pero dice:

-¿Entonces vas a leer ahora éste? - y abanicaba las hojas.

-¡Que no, que no, que no! - sollocé absolutamente des trozado, cubriéndome la cara con las manos. - ¡que yo no!

-Pues entonces, yo, tampoco - y me aplicó con su mano tres golpecitos en el hombro, acompasados, cariñosos y muy recon fortantes.

-¡Naturalmente que tú no! - alzando yo la cabeza muy alterado.

-No - convino flemática -, que seguiremos con La Repú blica; mucho mejor.

-¿La República?

-Pero únicamente si tu quieres...claro - entendí, no entendiendo nada, que se resignaría a prescindir de Platón sólo en el caso de que tal fuera mi deseo. Y añadió -: Yo es que nada más voy por la página doscientos ochenta y cuatro, lo de hemos de buscar un alma proporcionada y todo eso...Como nada más leo cuando todos se acues...

-¿Platón? - le interrumpí -, ¿tú lees a Platón?

-Claro, abuelo.

-¿Claro?

-Claro.

-¿Cuándo?

-Por las noches. Me levanto.

-¿Y eso? - ahora la miraba con muchísima curiosidad.

-Como por el día lo tienes tú...- pensó que explicaba.

-Que por qué lees a Platón.

-Pues para...porque...como...pues...a tí...

-A mí...¿y qué que a mí? - la miraba disgustado, por ella, que por qué una criaturita de tan corta edad tenía que que brarse los cascos con complicaciones semejantes, así, simplemente porque yo - ¡Platón es estúpido! - dije, ya ves, que quise sinte tizar y me salió así, la burrada que terminas de oír.

-Yo eso no lo sé - replicó, y ahora la veía apenada -, pero si a tí te gus...

-Y dale, ¿y qué que me guste?

-Pensé que si compartíamos aficiones, pues que...

-¿Aficiones conmigo? - ahora estaba francamente conmovido -. Pero...¿de verdad?...

-¡Déjalo...- y se echó a llorar a moco tendido - no im pooooooooorta! - y hip, hip y yo enteramente desolado.

-¡Pero mi niña. Mi cielo! - dije, y le besé la frente -, ¡tontita!. Hay temas muchísimos más agradables y sencillos para tí. El observatorio por ejem...

-No...si ya...si sí...- ahora hipaba y suspiraba, pero se la entendía y terminó todo seguido -: si ya sabía yo que cada noche pasas mucho rato allí, pero no quise que pensaras que lo que quería era ver las estre...

-¡Tesoro. Mi vida. Chiquitina! - y le quise secar las lágrimas, pero no había con qué, que sin pañuelo...- trae, mira, con esto - dije.

-Y al quitar el pañuelo a la muñeca - dice, ahora, que parece haber vuelto a su ser, a su yo, y habla mirando con fije za no a mí sino al gato -, que casi hubo de forcejear, que no la soltaba...tenía los dos ojos...Ya no estaba tuerta.

Y lo miro yo y lo veo en su verdadera juventud, ahora en silencio, silencio obstinado y cejijunto, doloroso pienso, clavada su mirada ausente en los ojos del gato que maullaba ahora sin descanso y lo miraba sin pestañear a los ojos suyos otra vez demandando, sin duda, conozco a mi gato no diré como si lo hubie- ra parido porque a mí me gusta ser realista, otra entrega de fru gal caricia; pero él no se entera porque yo veo que aunque lo está mirando no lo ve. Y yo aprovecho el interregno del discurso - del suyo, no del gato que no cesa en sus miaus - para hacerme mi propia composición de lugar y organizarme y, por cambiar de tercio, recuerdo - y recuerdo también que porque estaba sintiendo

apremiante necesidad de ir al baño, aunque lo omita - me levanté a beber un vaso de agua y le pregunté si quería tomar algo, pero dijo que no y que gracias y yo no me decidí a decir de nada por que parecía que eso pegaba más si le hubiera traído algo y me lo dijera al tomarlo en sus manos; de modo que me callé y me fui a por mi agua pero al baño no porque me dio apuro no saber cómo justificar esos minutos de ausencia - pudores y esas cosas - y volví y me senté como si nada aunque me dije pues hija mía hay que ver lo bien que discurre para qué has bebido agua...

-En realidad...

Estaba yo aún yo en mi baño al que no fui y él ya estaba diciendo en realidad y debía inferirse por tanto que se aprestaba a seguir hablando. Mas, no bien retomara su relato, se paró en seco harto tal vez de los maullidos del gato y lo miró, al gato, a los ojos, mirándolo ahora sí y no dejándose mirar como hasta ahora, mirándolo él al gato con intención y arrogancia de tal manera que el otro se calló y pestañeó y movió los bigotes amoscado y, displicente cual rey ultrajado, se alejó y fue a instalarse en mi sillón preferido al que renunciara yo aquella tarde por que no me pareció de buen tono no ocupar asiento igual al de mi invitado, el tresillito de estilo inglés un tanto falto por cierto de una renovación de tapizado.

-En realidad...- decíamos ayer, como alguien dijo, pensé yo; y él ha alzado los ojos para mirarme con mirada interrogante -...porque el final es bonito, ¿verdad que sí?.

-Y yo, que soy una anfitriona educada y solícita ya iba a decir que sí, que muy bonito...

-Que muy bonito pero él entonces dijo dijo, mirándome...

-¿Él?

-Él, sí, el chico, el joven...me lo sé porque ya nos lo contaste otra vez.

-¡Pero yo no estaba!

-Tú es que faltas mucho. Como cuando te parece nos traí

cionas.

-¿Que yo traiciono a mis amigas?

-Pues claro que sí.

-¡Decirle que es una llosa!

-A ver si puede ser que no empecemos. Venga, sigue.

-Dijo, mirándome dijo y yo entendí que era el abuelo a él, porque sólo con mirarlo se entendía y en verdad el final era bonito pero pude notar en su forma de suspirar y de mirar hacia otro lado que, ahora, evocando aquel momento lejano de plenitud...

-¡Un momentito!

-¿Qué?

-¿Quién evocaba?

-El viejo.

-¿Quién lo notaba?

-El joven.

-¿Y ésta que hacía?

-Aguantarse las ganas de hacer pis, ya te lo ha dicho, que es que no atendéis...Venga, sigue.

-...algo había que daba fe de que en el fondo de su alma permanecía agazapado desde entonces un fondo de amargura.

Sé cuanto tiene de vano el pretender dar consejos - di jo mirando pensativo un punto cualquiera del piso de tarima bien lustrada - pero a veces tentado estoy de olvidar que lo sé y, de jándome llevar por la experiencia, recomendar a todo el que se me ponga por delante...a tí, podría ser ¿por qué no? a tí sin ir más lejos - hablando despacio y mirando, sin ilusión, una de las cajas forradas de terciopelo donde protegidas por una tapa de ce lofán transparente ahí continúan las mariposas - que nunca jamás cometa el error de...

Date cuenta de que - cambiando repentinamente el tono y el discurso, hablando ahora alzando la barbilla y echando un poco los hombros hacia atrás - lo que yo haya podido trasmitirte de la niña y de sus rasgos y virtudes ha sido ya sometido a la

eutrapelia, en mi ánimo, claro, que estará implícitando que yo espere de tí que tú supongas que mis anhelos se vieron coronados por el éxito de un desenlace halagüeño que la condición humana, y que se da posiblemente aun en los más descreídos - puntualizó - da en estimar óptimo y como a tal persigue.

Desde un principio quise mostrarte el lado jovial del episodio breve de una historia - mirando el triste espectáculo de las hermosas mariposas muertas hace ya tantos años -; fui poco a poco creando el clima que habría de llevarte a desvelar un de senlace grato, ¿o no?. Apostaría que ni por un instante se te cruzó por la cabeza la eventualidad de que ella pudiera descubrir se una niña difícil...Y no lo era - ha tomado un periódico y, co mo al descuido, lo ha dejado caer sobre las cajas apiladas -; no, que objetivamente he de admitir que difícil no era y, por eso, porque te quiero mostrar su buen perfil y el que yo sigo amando, he desplegado ante tu mirada la faceta amable, la suya y la de aquel nuestro primer encuentro...Pero ni la historia terminó en aquel banco del jardín ni nuestra relación discurrió tan a pedir de boca.

No la conocía, ya te dije.

Mi yerno pertenecía al cuerpo diplomático y durante años fue agregado comercial en distintas embajadas en Asia. Ella nació allí, lejos, igual que sus hermanos y cuando regresaron te nía la edad que ya te mencioné. Siete años. No tenían casa aquí, nunca la habían tenido, es por eso que aquellos primeros meses vinieron a vivir con nosotros. La casa era muy grande; cabíamos todos y aun con amplitud.

-Me narró a continuación como él, sin quererlo, dijo... icielos, vaya cartas más malas!...fue destruyendo la imagen de sí mismo que fascinara a la niña, y parecía el chico de verdad disgustado, afligido por él...Paso.

No me dí cuenta - dijo -; pensé que yo debía adaptarme a ella. Me parecía lógico que fuera yo quien acudiera a su terre

no y no ella al mío; deseaba tan a toda costa tenerla conmigo que con tal de atraérmela renuncié a lo que siempre había sido mi verdad, mi forma espontánea de proceder, la peculiaridad de mi manera de ser que precisamente fuera la que a ella la encandilase y en la que, neciamente, no me supe mantener.

¿Pero no le hubiera sucedido a cualquiera en mi caso lo mismo?

-Y le refirió cómo, a partir de aquel día, comenzó paulatinamente a relegar sus lecturas favoritas y a permanecer menos tiempo en el silencio de su biblioteca...¿Tú has echado este dos de espadas?

Fue un error.

-No; no puedes recogerlo ya.

Sí, un irreparable error en el que me obstiné neciamente en mantenerme.

Ya te he contado que en los días anteriores no me había sido posible leer; permanecía con el libro abierto y mi mente en otra parte, sí, pero sin estar dejando por eso de ser el ferviente admirador de los grandes pensadores que fui ya desde muy joven. A raíz de nuestro encuentro los aparqué intencionalmente y tal vez ese fuera el fallo, que no intervino en mi decisión la voluntad, ese impulso profundo que selecciona esto antes que lo otro y sacrifica tal en beneficio de cual pero siempre de forma generosa y desasida; no, no fue la voluntad y sí fue la intención, mucho más pobre siempre, más mezquina.

Tal vez si el temperamento de ella hubiera sido otro; si con ese egocentrismo tan común a los niños hubiera demandado más de mi atención, de mi tiempo, de mi dedicación y yo por complacerla hubiera consentido en cerrar - momentáneamente, que es específico, me dijo...¿de verás no os apetecería un cambio?, no sé, un continental, una brisca, algo...y siempre en la idea de retomarlo tan pronto fuera posible - el libro hubiera yo seguido siendo, a sus ojos, el mismo que despertara su interés.

Pero no, mira, y ahí es adonde iba cuando te dije que desde mi experiencia aconsejaría, no lo hice así sino que los arrinconé en mi beneficio. Sí, porque yo me dije que era su beneficio, no supe considerar que estaba supeditándome tan sólo a mi propio egoísmo.

-Aquí hube de disentir con él...vale, no digáis nada, sólo con veros las caras que ponéis ya entiendo que preferís seguir con la canasta y llamó su atención sobre el particular de que, indudablemente, el mundo de la niña era tan dispar del suyo propio que era comprensible esta determinación por parte de usted si quería mantenerse en una altura accesible.

No, no. Estás en un error; lo que con cualquier criatura de su edad pudiera parecer lo comprensible dejaba de serlo con ella y por causa de su personalidad tan compleja que yo no había sabido interpretar.

-Y dijo que que ella, a continuación de su diálogo y los lloros, se había secado las lágrimas y había regresado a la casa, que era ya la hora de la comida, y que en su rostro no quedaba el menor rastro de aflicción.

-¿Él lo dijo?

-Sí, él se lo contó tal cual os lo estoy yo contando. Que su actitud permaneció idéntica a como lo había sido hasta ese día y que, si acudía a sentarse junto a ella, lo recibía con sonrisa del todo complacida y lo invitaba a anda lee que yo estaré callada. Que fue él quien procuró la conversación con justificaciones tales que no importa o da igual o bah, no es interesante.

Cuando le decía este tipo de cosas ella respondía con un ah medio ausente y miraba al suelo como queriendo esquivar la mirada mía; seguía con buena voluntad y perfecta cortesía los torpes coloquios que yo me esforzaba en iniciar - date cuenta le dijo de que tratando de soslayar los temas que yo dominaba mis posibilidades se veían muy mermadas, y más no siendo ella criatura aficionada a juegos o entretenimientos que dieran pie a, so

pretexto de participar, manifestar interés por su pequeño mundo - pero sus réplicas eran desganadas, sin vida.

¡¡Pequeño mundo!!

¿No es estúpido reducir a mínimos cuanto rodea a la infancia; esos diminutivos ridículos en que nos escudamos los adultos para ocultar lo grandes que nos vienen ellos y sus alcances?

No. Te puedo asegurar que el mundo de ella no era para nada pequeño. Ni pequeño ni inbuido, en modo alguno, de esa mezquindad que desde la edad madura atribuimos a la niñez creyendo que lo único que cuenta son los egoísmos inmediatos que se verán colmados con tan sólo ver satisfecho un hato de insignificantes caprichos.

¿Cómo desde un mundo con tales características hubiera ella podido traslucir el achicamiento del mío?. No, ella se supo percatar de mi desgracia; y no me lo perdonó.

-No se lo perdonó y años más tarde me explico - le dijo - su decepción entremezclando valoraciones diversas y conceptos distintos que se diluían unos en otros llevándolo a la confusión. Si a sus siete años hubiera contado con el arsenal de palabras y de tópicos y de giros con que en la madurez ya si contamos me lo habría - y cuenta que le aseguró tener absoluta certeza - hecho comprender perfectamente... ¿y la banca quien la tiene?

-A quí, yo la tengo.

-Ah. Pero que cuando se tiene aquí - que dijo, y se tocó la frente...pues ponla en el centro, que es su sitio - el concepto absoluto está faltando el andamiaje, la retórica con que podemos darle forma y cuando al fin se dispone del soporte se ha evaporado qué había que sostener.

Por eso todo cuanto pudo decirme, entre vacilaciones y titubeos, ya de mayor, cuando quizá la conociste tú, fue que mi sacrificio la mortificaba, que mi renuncia a lo que ella admira

se en mí como mi verdadero yo, mi autenticidad, mi esencia lejos de halagarla la estaba conturbando y creando la sensación de que no existe realidad - así me lo dijo él a mí no sé ya si tomando las palabras del abuelo o las propias de ella cuando ignorando que a través de él él conocía la historia se la relató motu proprio...motu proprio lo he aprendido de él...sin, por cierto, o al menos es la opinión que él manifiesta, pretender en ningún momento ni en modo alguno arrogarse el derecho a ser considerada la mártir ni la buena, que que todo lo contrario, que se juzga a sí misma con mucha dureza - o es tan efímera que mejor sería obviarla y tratarla de olvidar como un mal sueño; de que el vivir es una constante obligación de andar sorteando engaños; de que es ineludible engañar si no queremos herir a quien, por generosidad tal vez - y que aquí admitía, parece, el parvo paliativo del quizá -, nos defraudó...¿y ahora a quién toca repartir?

-A mí...Pero, oye, que digo yo que...

-Tú reparte, que te toca, y déjala que siga.

-Pero que el desvanecimiento de ese qué...

-¿Qué qué?

-El que se evaporó...Mira, van dos pegadas.

-Es que está ya tan pringosa esta baraja...

...se produce únicamente al nivel de la consciencia, yendo a depositarse en estratos profundos de la personalidad - y aquí yo me figuro cuenta él aunque no le interrumpo para requerir su asentimiento porque aunque siempre lo trató como a un verdadero nieto, incluso después de todo lo que paso, él siempre lo trató con muchísimo respeto, que nunca y por más que le insistió consintió en retirarle el "usted" que "profundidad" no está significando algo que ahonda hacia abajo sino algo que asciende a algo así como estratos superiores del yo - que devendrán en adalides y mentores de un caracter que trascenderá aun a la voluntad y al intelecto y se dejará ver aunque invisible en todo ese cúmulo de gestos, entonaciones, formas de mirar, maneras de es

cuchar, imperceptibles tics, que nos están indicando que en esa individualidad que tenemos frente a nuestros ojos o junto a nuestro oído están configurando una entidad irrepetible.

-Ah. Y que no se estaba refiriendo a la materia ni a ninguna cualquiera de las que sean sustancias tangibles - dijo, cuando lo contó la primera vez, que hoy se lo está comiendo -, sino a ese meollo que es capaz de sintetizar el Cosmos y reflexionarlo y de no dejarse atrapar en probeta alguna de ningún laboratorio.

-Eso te lo acabas de inventar.

-No, querida...Además, tú misma dijiste hace un rato que no estabas.

-Pero lo sé. Me lo han contado.

-¿Quién?

-Bueno...no me gusta acusar...

-Vamos, reconócelo; lo único que ocurre es que te has picado.

-¿Picado yo?

-Sí; por qué habría de picarse, ¿verdad?, si ese lugar tan misterioso al que su esposo no la quiere llevar no es un laboratorio. Porque...¿a que no lo es?

-Dejadla en paz. No sed malvadas.

-Y, ¿a que tampoco es un taller?

-No te molestes ni en contestar. Es lo mejor.

Que le dijo porque ésta es una tontona dice siempre que ¿cuantas veces se lo tendré que decir? y que tú calla, que hay que ver que boca tan floja tienes porque dice que otro defecto ella está segura de que no lo tiene, y mira que la conoce, y bien, pero que lo que es largar todo lo largas. Pero que en realidad tonta no es, inocentona más que nada, dice, que se piensa que se puede ir por la vida con la verdad por delante y como yo le digo dice eso sólo te servirá para ser el hazmerreír de esta panda de materialistas descreídas. Pero que no suele hacerle ca

so si bien si yo pusiera atención a hablar con más propiedad, que no la pongo, lo exacto y correcto sería decir solía porque eso fue pero que hace ya mucho, que anda que no hace tiempo ya que ella había dicho, a mí, una tarde que habíamos hecho un aparte y hurtábamos nuestras palabras a las orejas viperinas de las otras...viperinas sólo son las lenguas, me corrige, pero yo me entiendo ...y decía no la volví a ver.

No. Nunca más con estos ojos astigmáticos...oye, que estoy por cierto perdiendo vista...o qué sé yo, también pudiera estar siendo la edad; pero que cuando leo pongo ese gesto altivo que tiene así como que un poco pinta de desplante ¿pasa algo o qué? pero que mira tú a mí me cae simpático, que me siento respetable y joven, si tiene usted la bondad, ¿qué pone aquí?

-Y que entonces la llaman señora y eso la hace sentir más esponjada que una pava.

No con los que berrean por unas gafas pero sí con estos otros. Los de aquí dentro; ¿ves?

A ella y a todo el mundo. Su pasado, su presente, su futuro ahí todo como dentro de una bola de cristal.

¿Has ido alguna vez a una pitonisa?

Yo no. ¡Vaya un espanto!. Luego corroyéndote viva "¿será esta teja un poco en telendengue la que se me tiene que caer?". Que no, que no. No me apetece lo que se dice nada. Pero yo soy una vidente benévola, ¡eh!, sí, sí sí sí sí sí sí. Que no quiero yo pues porque no me da la gana imaginarle un pasado turbio, ni un presente azaroso ni un futuro incierto. Y como no va a venir nadie a enmendarme la plana porque no conozco a nadie que la conozca ni pertenecemos al mismo mundo pues, yo, tan contenta y a mi bola. Mira que qué asco oye que se me está pegando el lenguaje de los chicos. Me tengo que cuidar; en una señora de mi edad esos quedas quedan de lo más fatal.

Pues le he colocado, así yo muy resuelta, un par de retoños que pasan de los veinte - parto sin dolor, dice, y que de

su cosecha también y que la muy ingrata no me lo va a agradecer - y que son majos, oye; ni un disgusto le han dado; pues porque lo digo yo y eso va a misa.

-Dice.

Y mogollón de ambiente, de muchísima bulla, ir y venir y movimiento; hermanos, primas, cuñadas y mucho personal.

Como yo siempre tuve tan poca gente al retortero lo que más apetecible se me cuadra - a mí, aquí en mi magín concreta mi nuciosa como si es que pudiera estar siendo en el magín de otro, en el mío por ejemplo que soy tan racional, tan cartesiana me di jo un culto un día - es un a tutiplén de parentela: primas con lazos.

-Muchas primas con lazos lo que más; siempre lo dijo.

Primitas con lazos y un rosario interminable de tías lánguidas tocando el piano y reclamando sus sales o se desmayarán.

-Esas también le tiran mucho.

-Sí. Y que alguna de vez en cuando ya se le desmadeja pero yo me hago la loca y me digo anda déjala, dice, y que sólo porque es una delicia ver cómo llega otro de los tíos y se quita el monóculo...

-Nunca es su Adán escriturado, ya ves, comenta...o co mentaba; a ése me lo veo yo así como de medio perfil haciendose el sueco...

-El longuis, si es por decirlo como lo dice... o lo de cía ella.

-Y que está de ella hasta el último pelo de la calva.

No. Éste es otro, un indiano que tiene una amante criolla y toda la familia lo sabe pero nadie lo dice. ¡Trapiches!... Pues llega y se quita el monóculo y la recoge con mucha delicadeza y la coloca en la chaise-longue.

-Que como si fuera una flor que se puede quebrar.

-Igualito igualito, dice, pintiparado que Robert Taylor

y Greta Garbo en Margarita Gautier en brazos de su Armando.

No me digas que no es una gozada.

Pero ni en casa tuvimos chaise-longue ni la había tampoco en casa de ninguna de las tías que, entre paréntesis, te diré, no se desmayaban así tan como así y, en las matanzas, unas morcillas riquísimas que hacían. ¿Qué quieres?

-Pero todo tiene su encanto, decía, si te pones a mirar.

-Sí, porque ¿las tardes de feria en el río?

-¿Y el chocolate con bizcochos?

-También, en cumpleaños y comuniones.

-En el patio.

-De cantos rodados.

-Que se barría con escoba de estopa.

-Y por la tarde a la huerta.

-En el carro de mulas.

-Y volviendo en lo alto de un cerro de alfalfa.

-Fresquita.

-Y...

Pero que las primas no tuvieran lacitos lo llevo clavado en el alma. Como una puñalada.

-Pero que tienen suerte, dice, las muy puñeteras.

Debería castigarlas...pero me falta character y qué se le va a hacer. No tengo yo alma para.

A mí, en cambio, no me guarda nadie tantas consideraciones y, si se les terciara, soy una asesina que lo sé yo muy bien y si no ahí tienes que me pasó el otro día con el ciego de los cupones, que sé yo que me tiene manía porque nunca le compro. ¡Pero si es que a mí no me tiran los juegos de azar!

Pues venía yo de dejar mi traje caqui en la tintorería; ya sé yo que es un traje sufrido pero de vez en cuando se pone cotoso. Bueno; pues venía, y ahí estaba él - es ciego, pero de los que ven un poco, y si no vete a que te pague un cupón sin premio y vas a ver si ve - de codos y mirando por el ventanín,

-Que no había clientela, que estaban todas guisando para sus maridos y sus niños que estaban al venir...¿y yo mañana qué pongo de primero?...que qué lucha.

Mirando, y como no tenía nada que hacer, pues yo, allí, esperando a cruzar el semáforo al lado del que vende los kleenex y la gitanina que limpia los parabrisas.

-Y el muñequito, rojo.

-Y el de los pañuelos que hace una pelotilla.

Y ya se pone verde, el semáforo. Qué bien; pero yo, en lugar de cruzar tan seria, agarro y me vuelvo, y abro mi bolso, ¡que, oye, mira que llevamos las mujeres guarrerías en los bolsos!, ¿verdad?...bueno, que como tú no eres mujer...y saco, así como en una pesadilla...

-Sería una pesadilla.

-¿Pesadilla?...a ver si va a resultar ahora que te vas a poner de parte del negro.

...un cuchillo así de grande y zas que se lo clavé al señor del primer coche que venía al hilo y, hala, que muerto.

-Lo que te digo: una pesadilla.

-Pues, entonces, lo mismo que dijo el indio.

-¡Pero si era negro!

-Era indio, pero de color muy oscuro.

-No sé yo.

Pero sólo me había visto el ciego - y a mí nadie, señora dijo que aquí lo que pasa es que todo el mundo habla de oídas -, y ni los albañiles del andamio, ni el portero que estaba en la acera, ni la del perro del piso de abajo; nadie me miró con espanto ni me señaló con el dedo ni ninguno dijo ahí va la del quinto con las manos manchadas de sangre.

-Y que debe de ser verdad.

-Que no, señora, hágame caso a mí; que ni yo ni ninguno de mi tribu.

-Lo sería, porque que se las miró y las tenía limpias

y una vecina que se le cruzó sonrió y dijo buenos días.

-Pero la risa podía estar siendo nerviosa...¿Una purru salda, por ejemplo?

-O macarrones.

Y cuando ya voy a entrar en el portal llega una gorda culibaja - que ya la he visto yo un montón de veces, jugadora em pedernida - y dice al ciego tan desahogada ella "un cupón, y que sea bonito".

-Y dice que no la mató...¿macarrones?, en mi casa no les gustan mucho...que se salvó de ser muerta, ésa sí, pues por que no tenía con qué...¿con tomate o con queso rallado?...pero como yo le dije, dijo, ¿es que no podías haber llegado un momento antes?

-Y iso simple!

Un momentito antes, la muy tonta. Sólo un momentito antes y me hubiera torcido aquella gorda estúpida mi destino cruel de ser una asesina...asesina y proscrita, una lacra para la sociedad y un ser despreciable.

Pero como a la hora de la verdad soy una persona distante y fría y poco amiga de paliques no dije esta boca es mía pero sí que me dije a mí misma y de esto, a tu "chato" cuando lo veas, ni pío pues porque me echaría la bronca, seguro, por tener esta imaginación mía tan desgobernada y que, si se entera, además, le va a tomar antipatía al ciego y, como yo me digo, no hace falta ninguna, que bastante asaeteado está ya el mundo por odios verdaderos.

A tí te lo estoy confesando porque sé que en el fondo te da igual; y, en el caso de que me quisieras calumniar - que ya estoy yo muy al cabo de la calle de lo terriblemente crítica y chismorrera que eres -, como no tienes pruebas ni muerto ni sangre pues te tienes que aguantar...¿Sabes?, ayer lo vi otra vez. Pues al señor del coche rojo que no apuñalé. Se saltó el disco y por poco me atropella. Menos mal que lo estaba mirando

desde la ventana, que si no...

¿Quéééééé?

Pues mira tú por donde qué casualidad que a tí eso no te importa, ¡que es que hay que ver si eres cotilla!

No. No te lo voy a decir pero sí que te voy a informar, por si tú no lo sabes, que en este mundo nuestro tan amorfo y tan plimorfo donde habitan todo tipo de parejas: de hecho, de de recho, de desecho, estables, inestables, heteroetcéteras, homolo o mismos, heterhomotrans...bueno, que así al golpe no me vienen a la cabeza más, me parece a mí que no hacen falta más modelos ho o mologados de relaciones afectivas. ¿O sí?

!!!Amantes!!!

Huy huy huy huy huy huy huy.

¿Pero a quien se le ocurre?

Te tengo dicho, que te lo habré dicho mil veces que tu estructura pensante está diseñada para el culebrón, y no para la sencilla y lacónica vida cotidiana - exenta de pasiones - que to do el mundo vive con el vano ensueño de ser un frustrado de pos tín, un fracasado con cachet que rompe el molde, un ser gris y anónimo que perdurará en la memoria de otros seres grises pero menos afortunados que dirán "yo lo conocí, por la mañana tenía la lengua verde y un aliento fatal".

-Porque eso siempre pasa; no me digáis que no: todo el que conoce a alguien que se hace célebre aunque nada más sea por impresentable o por truhán hay que ver el pisto que se da.

-Y si es por egregio o eminente yo le llamo de tú, que como hermanos...pero, oye, ¿y de segundo?

-No, si el segundo lo tengo.

-Ah, yo también. Unas truchas.

-¿Asalmonadas?

Así que, muñequita linda, no esperes salida de mis la bios de rubí una historia con morbo. ¡Lista vas tú!

-Así que se lo solté, dijo, como lo estás oyendo, que

"no es tu asunto" le dije. Dice.

Que no es su asunto qué somos mi "chato" y yo. Y, como yo le dije: uno y uno son dos, ¿verdad que sí?; dos es una pareja, ¿estamos o no?; una pareja de toda la vida de Dios que ha sido siempre un par. Pues mi "chato" y yo somos él uno y yo otra y a ver si no está claro que ya está...No, no te atrevas a salir me con que tampoco lo has entendido tú.

-Y cuando tú me lo terminaste de contar a mí, y también a mí tú me dijiste que no me atreviera a salirte con que tampoco yo lo había entendido, me callé no ya por atreverme o no - que tú ladras mucho pero muerdes poco - y sí porque yo misma no sabía a ciencia cierta si lo entendía o no no conociendo a la ella. Aunque haya tal vez quien pudiera decir que la conozco; pero yo sé que no o que lo muy poco que sí, porque si es relativamente pues también podría admitirse que sí, equivale - si una se pone a hablar con propiedad - a en resumidas cuentas nada.

"Y aun dentro de ese poco - si lo admitimos, que, bue no, lo vamos a admitir -, lo poco que sí sé más que saberlo lo supongo.

"La he visto nada más dos veces y en ninguna de las ocasiones he hablado con ella. En la segunda ella sí hablaba a alguien que la escuchaba si bien ella protestaba no me escuchas - un marido, pensé -, pero no pude sacar mucho en claro ni de las palabras ni de la actitud. Además, las palabras no las oía y tan sólo las veía en sus lábios, dibujarse, desde la otra parte de la calle, por entre las hojas de los árboles del bulevar que, como era primavera, tapaban casi todo y tenía que limitarme a adivinar de tan frondosos que estaban.

"De la actitud puede que un poco más; pero tampoco sé. Lo deduzco así porque supongo que el estar de una mujer varía cuando su interlocutor es un hombre de cuando es otra mujer - aunque lo que se esté diciendo sea lo mismo -; y a mí no me pare cía que la persona que estaba quedando fuera del alcance de mi

vista - ella estaba delante de la ventana abierta - pudiera resultar estar siendo otra mujer y así lo declararé cuando sea convocada para mi comparecencia.

"Pero aunque lo fuera - sé que me dije entonces, aunque lo que no tengo decidido aún es si esta observación que yo me hice la incluiré en mi turno de palabra o me la callaré -, ¿marido, por qué?".

Porque posiblemente años atrás - contestó él, como si yo estuviera formulando la pregunta a alguien, pero tampoco tuve gana de decirle que no tenía por qué responder - se enamoraron y decidieron casarse, o simplemente unieron soledades, o alguno de los dos se vengó así de un anterior amorío desafortunado. ¿Quién puede saberlo?

-Y, porque no pareciera que le estaba devolviendo la pelota, no le contesté.

¿Quién puede saberlo? - me lo repetí, pero sin formularlo en alto; yo no juego al ping-pong, que siempre pierdo -. De todos modos no importa mucho - dije, ahora sí en alto - si a los porqués a que me estoy refiriendo no son los porqués de ellos; ni qué era lo que la mujer trataba de decir o de callar; ni cuál era el verdadero fondo de sus pensamientos cuando - abrí la revista, no sé si podrás perdonármelo pero a veces leo prensa cardiaca - se mostraba contrariada por nimiedades como un vendedor de...no, no me acuerdo qué le ofrecían mientras envuelta en una toalla respondía no gracias frotando con la otra mano la nalga golpeada.

Y como no lo sé voy e imagino. Siempre se hace cuando se cuenta con tan pocos datos, cuando se dispone de indicios tan fragmentarios y tan escuetos, ¿no?, pero le estoy escuchando con atención y le estoy creyendo porque sé que sus gestos son auténticos. Sus gestos mientras habla, y su forma de mover las manos y de elevar los hombros o de arquear las cejas - que no las arquea, las alza de las puntas, como alas de mariposa que se posó

en una flor y ahora vuelve a levantar el vuelo - o fruncir el entrecejo recordando me son tan familiares que nunca me equivocaría en cuanto a por qué sentimiento está siendo accionado cada uno de los músculos o está determinada cada una de la inflexiones de su voz aunque el saberlo no me lleve, sin embargo, a perder de vista que puede no estar refiriéndose a una realidad convencional; quiero decir no a una verdad tangible que pueda estar remitiéndome a que alguien de carne y hueso como yo o el chico de la frutería - que le digo manzanas y, ahí está, el envoltorio cuyo peso recibiré en mi mano...no, muy ecológico no utiliza bollas de plástico; papel de envolver de ese gris basto...y sabré yo enseguida que estaré en mi derecho a rezongar dije un kilo, has vuelto a pasarte como siempre; y no habrá enigma alguno en todo lo demás: las manzanas verdes y brillantes y la cara del muchacho plagada de granos de pubertad - le hubiera hablado de quien, alguna vez, en algún lugar, bebiendo puede de un vaso tan frágil como éste que él ahora se lleva a los labios - y sé que le dije es un esnobismo, vichy catalán, todo el agua mineral sabe lo mismo - hubiera llorado recordando la risa loca de algún día o reído evocando las lágrimas amargas de una vez.


¿Por qué protestas?- me reprendo cuando me ha contestado el agua no sabe nada; mi paladar sí -, si en el fondo lo adoras, te fascina, admiras ese saber aprehender la nonada que establece dónde está trazada la línea invisible que marca el borde del abismo, ese sí dar no dar sólo ese paso más que precipitará al horror del vacío tanto a las efigies consagradas en cuché - y cerré la revista, creo que con un respingo - como a las patéticas consagraciones a, o quién sabe si de, cosméticas y bisturíes y troqueles.

Esas demarcaciones - vuelvo a decírmelo, entre sorbo y sorbo de mi propio esnobismo - existen. Vichy catalán u otra cualquiera, distinguirlas, es uno de los tantísimos pequeños hitos que exaltan la sublimación de las distancias, de las calidada

des, de las esencias y más cuando yo, con una soterrada intención de pinchar, le había hostigado con y sin embargo has consentido que trajeran los botellines destapados ya y él contestó que qué más da si de todas maneras se distingue y entonces es cuando me vinieron a la cabeza las primas, mis auténticas primas de verdad, cuando, en las bodas y en las tardes de feria iban adornadas con los lazos cuya ausencia tuve siempre clavada en un nunca jamás y reconociendo a mi pesar que allí, prendidos de sus personillas, eran nada más pequeños apéndices que ni significaban nada ni a ellas las redimían de las omisiones que levantarán ampollas en mi alma de niña y que trascurrido medio siglo ya aún me escocían.

* * *

Huy...mírala, mírala...huy huy huy...pero pero pero pero...¿pero tú la estás viendo?...anda que...bueno está lo bueno y yo me lo pregunto muchas veces: ¿se puede consentir? Y poderse, se puede. Aunque se puede mal, que de eso no cabe la menor duda; si bien, y como yo me digo, cuando me contesto, que no es que me conteste siempre porque hay también veces que no sé ni qué decirme y lo que no quiero, eso sí que de ninguna de las maneras, es despacharme con cualquier sandez, así, nada más por salir del paso y luego me vengo a reclamar - que también lo ha go, que soy una exigente para con mi propia mismidad - con pues tú dijistes...mira, dijistes..."adónde dejastes los polvos de azular que trajistes"...una de cada lado de la artesa cuando to caba lavar...¡qué tiempos!...y que tampoco hace tanto...¡maaadre, suba usté el arradio que con los amotos no se siente!... Pendi ci tis...Me digo...pero, no, ya ves tú por donde hoy es uno de esos días en los que no me pienso contestar. Pues porque no ten go yo el cuerpo de, sencillamente. Y no sé si no haré mal, que lo mismo me da a mí, a los entresijos de mi caletre, por est ar me dando la tabarra con anda anda mujer contéstate dite algo que qué trabajo te cuesta...¿y por qué me acuerdo ahora de ellas? ...pues yo qué sé...habré visto algo, zas, flis, de refilón, sin saber ni qué y me las ha traído...porque eso pasa...pasemisí pasemisá por la puerta de...a la zapatilla por detrás, ni la ves ni la verás, el patio de mi casa me dijo el barquero las niñas bonitas...No me gusta. Tienes que distraerte más. Pero si sí que me distraigo, oye, que otra cosa no se me dará a mí bien, pero lo que es írseme a mí el santo al cielo...¡anda que no me costó reprimendas!...Esta niña nunca está en lo que está. ¿Te estás enterando, niña?. ¿Qué?. ¿Se da usted cuenta?, ¡nunca está en lo que está! Pero que tampoco me arremangué nunca a pro tes tar sí que estoy a lo que yo estoy y a lo que no estoy es a lo que a vosotros os parece que tendría que estar, que no es igual

pero es que, cielo mío, hay que ver qué poquitas explicaderas locutivas que tuviste nunca, que hay que reconocerlo, hijita; que facilidad así lo que se dice verborrérica en particular pues que muy exigua o escasa, no te lo puedo adornar, y habilidades o destrezas varias, entendidas en su generalidad, casi nada nu merosas y sin apelotonarse las unas con las otras ni pegarse em pujones....Algún que otro tirón de pelos y echar las uñas eso sí que sí, que vino el padre de aquella niña menudita de aquí a la vuelta  doblando la esquina a leer el estatuto oiga que su niña a la mía la ha arañao. No me acuerdo ya qué me hizo, pero a buen seguro que alguna maldad, que no siendo así no me molesto yo en dejar de mirar un hormiguero o escarbar un hoyo por hacer un tesoro tapado con un cristal. A otro día se buscaba y tenía su emoción, y hasta podías encontrarte uno que no era tuyo y con otro botón o diferentes ingredientes; había composiciones muy artísticas y distracciones más pues no muchas...Los niños de ahora sí que tienen medios, y aun en el caso de que no cuenten con muchos posibles, que "es una familia que no tiene posibles" decían de alguien pero que el chico - más listo que el hambre - tenía mucho tesón y se quería labrar un porvenir. Gente con in quietudes...en fin...Pues yo estoy inquieta, pero de otra manera...no, que sin aspiraciones y sin metas, pero que revueltilla...no sé, eso que llamo yo estar un puntito respingá...como con desasosiego y mira que no me pasa nada ni puede decirse que es que esté teniendo ninguna razón; pero que un poco que así como que con un algo que no lo atina una a poder concretar con pre cisión y...mírala si todavía está ahí, pues bien que pensé que se había marchao, como decía que tenía tanta prisa "no, si me voy pitando que tengo yo mucho que hacer", dice; pues todavía no he conocido yo a ninguna de las que lo dicen que se acabe descolgando con quehacer ninguno de ni mediano fundamento...una sangre gordísima...Ojalá no me vea, que no tengo yo hoy ganas ningunas de pamemas hola tesoro pero qué bien te veo pues anda

que yo a tí - le contesto yo - y sale corriendo mi Sarcasmo que, todo hay que decirlo, nunca fue en mí atributo de los más brillantes, en busca de su cartillita de anotaciones y se apunta a lapiz que ha mojado previamente en la punta de su lengua que me percató la tiene sucísima y a veces me digo debería purgarle ...y se apunta isoberbio y engreído! nada menos que tres tantos que, cuando advierte mi mirada de desaprobación, tacha torciendo el gesto y se aviene a reducir a un dos que yo, cuando no tengo el humor para disertaciones enfadosas, doy por bueno aun sabiendo que no me lo merezco mas me avengo a tolerar mayormente por no enfadarlo más - al Humor, digo, y eso que estoy refiriéndome al Bueno...y que no es coña - que esta mañana, ya bien temprano, se desayunó dándome el primer susto cuando, al abrir los ojos, me percató de que no está prendido del rayo de sol que se filtra por entre las rendijas de la persiana ni posado sobre ninguno de los enseres de que poco a poco y de aquí y de allá me he ido rodeando para hacerme el despertar un poco, sólo un poco (doy mi palabra de que no soy avara) grato pero el muy ladino repugnante asqueroso que no estaba y no estaba. No quise ponerme nerviosa y me dije busca con más cuidado, tiene que estar, y miré debajo de la cama y en la voz del locutor que salía del aparato de radio pero las palabras que oí ni lo contenían ni ni mucho menos lo auguraban y, para colmo, al agitar la cabeza con mucho desaliento me aquejó el conato de vertigo ese que de vez en cuando me atiza un viaje cuando el laberinto se me pone farruco y puse los pies sobre el duro suelo sabiendo que el día se inauguraba irremisiblemente mal aunque (y por enderezarlo, únicamente con la insensata ilusión de meterlo en cintura, que a veces soy muy osada) adopté la pose de ignorar contingencia tan nefasta y atravesé el pasillo a los sonos de la lirio la lirio tiene tiene una pena la lirio que daba unas ganas de llorar espantosas porque hasta que no me entra por el gáznate algo de líquido y me fumo el primer cigarrillo tengo una voz del todo espantosa y...míralo, ahí estaba, despatarrado sobre la moqueta raida y vistiendo sus

invictos pantaloncitos de cuadros que, según tuvo a bien narrar me muchas eternidades atrás mucho tiempo después - al poco de hacerme cargo de él, cuando agotada y rendida por la infructuosidad de mis pesquisas tratando de localizar a los progenitores de aquel minúsculo ente de ficción (que detecté que era de ficción y no de razón por su gesto de felicidad que aún por una buena temporada me mantuve en la creencia de que no iba a despegársele jamás que ¡cómo me equivocaba!...o fue tal vez que me dejé engañar que mi madre ya me lo decía, que todas me las daban en el mismo carrillo y si fueras más larga) que una buena mañana me encontrara en un cesto de enea en la puerta del piso...iba a hacer me unos análisis, unos análís, pero ya, como decían ellas la mañana a perros...y que no hubo forma de endosar (que al principio no me resolvía a meter en casa un habitante más, así, sin saber ni siquiera si estaba vacunado y esas cosas) en parte alguna ni reclamó nadie como propio o intrínseco por más que me interesé y me afané y anduve los pasos pertinentes sin lograr que nadie mostrara la menor codicia (y no será porque no lo ponderé y me hice lenguas loando sus encantos, más, voy a ser sincera, que por hacer un favor a nadie por endilgarlo y deshacerme del problema, que yo soy así) por adjudicarse un Buen Humor perdido y en perfecto uso y que parecía incluso y a pesar de mis aprensiones pero es que hay que tener en cuenta que soy algo hipocondríaca estar muy saludable...cuando, decía, a la vista de tantos inconvenientes opté por quedármelo y santas pascuas...- narróme, digo, su mamá ...me lo narró él, su mamá se los puso, que a ver si nos vamos a liar...en el exiguo equipaje de que lo proveyera cuando lo repudió. Y que luego, con eso tuvimos sus más y sus menos, quiero decir nuestros; y los tuvimos porque ya más tarde, cuando supo más vocabulario, me quiso convencer de no haber dicho nunca tal, que o se le trabaría la lengua o estaría yo en otra cosa que, por cierto, me sentó un poco mal porque no era la primera vez que se me achacaba dicha proclividad o por lo menos, convino, a la

vista de mi terquedad en no retractarme de "pues lo digiste" (porque él será muy bueno, pero yo soy muy mía) que no se había tratado de lo que se llama propiamente un repudio y sí algo muy meditado por la mamá en cuestión que, se emperraba él, era por lo visto listísima y le había dicho "tienes que ser fuerte, porque la vida es dura y muchos como tú y bien aguerridos necesita el mundo de modo que a aprender" y lo puso en la calle y yo me dije un master y no quise saber más y aunque lo oí cuando quiso él abundar en más aclaraciones apenas le escuché porque la idea que me forjara yo de la interfecta, la madre, y que era bastante desfavorable por cierto porque a un niño tan pequeño no se le hace eso ni por su bien ni por nada había arraigado en el mantillo de mis criterios de tal modo que me fue de todo punto imposible rectificarla, aunque no discutí, que no tenía ganas tampoco de herir sus sentimientos. ¡Si hubiera sabido al menos quien era ella, la progenitora!. Una tontería por mi parte, desde luego, porque eso a mí no me solucionaba nada. Pero que, tontería o no, lo ignoré si bien a solas con mis pensamientos cavilaba a veces y de La Felicidad - creía hallar la respuesta a veces - pero la tiraba a la papelera sin abrirla siquiera porque si era tan listísima felicidad no podía ser. Y otras veces me decía La Bondad, La Lógica, La Esperanza, La Ilusión pero a todas les encontraba peros y con un no puede ser al cubo de la basura iban, hechas un gurrño, si bien hubo momentos, pocos y aislados, en que tuve el pálpito de estarlo sabiendo; pero fugaces pálpitos, ora de esta ora de aquella y que parecían tan claros...mas, ya digo, fugaces todos y que desestimaba por considerar que mi presentimiento sólo podía estar siendo un espejismo. Uno de los espejismos burlones que se apoderan de mí cuando me pilla con la guardia baja; que cuando yo estoy en mi verdadero yo y en mi auténtica salsa no me dejo llevar tan fácilmente de quimeras y considero, con más juicio, que a éste sólo pudo parirlo La Inconsciencia o quien sabe sino La Estupidez...pero llevo yo una temporada rara, que no sé

que me pasa que ni me encuentro ni me hallo ni me reconozco mu
chísimas veces y me encuentro diciéndome los atisbos de estas
dos indeseables procedencias (y de otras de similares trazas que
 ahora no se me ocurren porque ya he advertido que estoy rara) se
te evidencian nada más en momentos de pesimismo y eso me tiene
 mosqueada: momentos, momentos cuando de toda la vida mis pesimis
 mos se han instalado por largas temporadas y "¿vais a abandonarme
 tan ricamente como os he cebado?", les digo, cuando tengo tiempo
 y no ando atareada en poner en orden mis archivos, porque llevo
 dos: alfabético uno y el otro por fechas.

De atisbos y de muchas más cosas, que también conservo
 lágrimas de todos los colores y tamaños en diversas cajitas pri
morosas en cuyo fondo, por fuera, tengo pegada una clave que me
 reporta a un tercer fichero en el que tengo consignados con todo
 lujo de detalles los porqués...es que me gusta que no estén jun
tos para despistar, para que cuando la asistente viene no sepa
 por qué lloré el tantos de tantos de mil novecientos tantos ni
 de qué color...aunque es verdad que últimamente me encuentro pe
lusas por debajo de la cama y eso tal vez sea porque a ella se
 le va el santo al cielo buscando concordancias y espiándome...le
 preguntaré...Y, entonces, cuando me agobian los atisbos...le pre
guntaré pero si me encuentro alguna concordancia me la guardo,
 como prueba, y si pone cara de poker le diré ¿y ésto, no es obra
de usted?...o me agobiaban, me autorregañaba con "no te hagas
 caso, nadie puede tener ni buscada con lupa (ah, esto, que entre
 mi acervo de creencias y opiniones está la convicción de que los
 hijos eligen a los progenitores, que son estos meros...pero no
 quiero entrar en eso, que sería disertar) una madre tan torpe;
 si se la estás adjudicando es porque tienes el cristo del revés"
 y ahí me confundo más, si cabe, que cuál es el derecho y ya ni
 sé de cual de los dos bandos de las madres hablo...Y vuelta a
 llorar y a desesperarme y a mesarme los cabellos buscando la ca
jita pertinente, para verter mis lágrimas, que a veces incluso

las utilizo de zapatos pero bueno, que repudiado o no o lo que aquello fuera o fuese la muy desahogada nada más nacer lo abandono a la puerta del primer alma cándida - el sexo del alma nunca lo tengo claro -, del eventual pardillo que el albur deparara y tuve que ser yo, precisamente hube de ser justamente yo la agasajada y, pues eso, que allí estaba, sin más equipaje ni pertrechos que los cuadriculados pantalones muy bien doblados dentro de una bolsa de plástico con su etiqueta puro telgal no necesita plancha que me disgustó porque las personas con clase y gustos refinados - como yo, aunque me esté mal el decirlo, pero es que siempre estuve muy orgullosa de mi sentido de la calidad - eligen aunque den más trabajo las fibras naturales, los tejidos nobles pero eso quiso aclarármelo también, por justificarla, seguro, que los niños a sus madres como los animales a sus amos, dan la cara por ellos aunque no sean el mejor y me dijo que y yo me dije otro enjuague amañado como cuando te desdeciste del repudio pero me callé, luego, de mayorcito, cuando ya sabía hablar un poco más y también nos habíamos empezado a tomar algo de confianza que ella los eligió de pana...porque unos de pana sufriditos los traía ya puestos pero yo le dije no estoy diciendo esos y él dijo bueno y me explicó los dos y que los de pana de faena y los otros en plan vestir y...pobrecillo, aquí los ojos se le llenaron de lágrimas...que de tergal porque yo sé, que le dijo, y aquí es donde se conmovió que la vida que te espera es dura, tengo esa corazonada tristísima y que estaba segura de que se los iba a tener que poner a cada paso, los de cuadros, y que no quería ella que ¡hijo de sus entrañas! fuera deslucido por el mundo lleno de brillos y culeras porque a ver luego vagabundo de acá para allá dónde ni quién se los lavaba y planchaba y yo me dije es razonable porque como él dijo muy bien, que dijo ella: cada dos por tres, ya lo verás, tendrás que vértelas con desaprensivos despistados cenizos malasombras que te enojarán y a la tintorería nunca vas a tener tiempo de llevarlos...Que no quería ella, en una pala

bra, que su hijo fuera un Buen Humor impresentable y andrajoso.

Hoy, es decir, aquella mañana, hace un rato, cuando no lo encontré ni en el rayo de sol ni salir de la radio y sí despatarrado en el pasillo sacándose los mocos consideré una vez más que verdaderamente era muy cierto, que apenas y muy rara vez se los quitaba y no será por mí me digo siempre, cuando me pongo suspicaz como me pasa a veces pero me contesto que por mí no y bien bien que te trato, me digo, que un traje estupendo le mandé hacer en raya diplomática - porque pillara la indirecta, mayor mente - y ahí lo tiene en la percha, y que que no lo quiere... gris marengo precioso desagradecido, malandrín mocososo, míralo... lo más habitual, encontrarlo así, desaliñado, de mal talante, con un calcetín caído y un sólo zapato y la cara embadurnada de chafarrinones negruzcos de aspecto pegajoso.

Cuando se pone en este plan, que es con frecuencia, a la imagen deplorable que ofrece se ofrece presurosa a escoltar la la negativa fiel y firmísima a emitir en respuesta a mi cor dial saludo - soy consciente de que entre lirio y lirio me salió la voz un tanto cascada, pero mi intención era buena y si mi fa ringe no acompañó ese ya es otro tema meramente coyuntural del que para nada me responsabilizo - algo más efusivo que un gruñi do con la barbilla clavada en el esternón y la mañana de que ha blo no fue diferente: gesto hosco, gruñido y las dos primeras falanges del dedo índice apalancadas en el orificio nasal dere cho sin que la escrupulosa exploración lo abstrajera lo suficien te como para hacerle perder el ritmo acompasado y monótono con que propinaba, con el pie calzado...con el zapato de non me hice yo un cardenal en un pómulo cuando a instancias tuyas el contra fuerte metálico que sujeta la orilla de la moqueta en el umbral de la cocina se empinó avieso y aterricé en plancha...pataditas contrariadas en el rodapié del pasillo recién barnizado que me lo tiene acribillado a taconazos que qué desastre pero no quise dejarme pinchar, pues porque no, y hola hola tan normal y sin ce

der al impulso desabrido de espetarle eres la vergüenza y la afrenta y el desdoro de los buenos humores y yo te aborrezco y te detesto y te deploro y abomino de tí y entonces es cuando tropecé y me herí en el pómulo al entrar en la cocina para preparar me mi zumo y hacerme mi café pero me puse de pie de un salto, como si nada, y, por dominarme, invoqué, en silencio como quien ora et labora labora quetelaborará exprimiendo naranjas que en el brazo derecho me está saliendo bola porque yo con los electrodomésticos que llevan instrucciones no me aclaro y tan pronto comienzo a leer apriete A igual que en la figura uno presione B como muestra la ilustración dos (2) y extraiga simultáneamente C idéntico que en grabado tres del cuadro sinóptico que estaba en el fondo de la caja pero que usted...CUADRO SINÓPTICO...por cierto - me dije, ahora sí en voz alta - que no se me olvide que para la noche lo necesitaré...que usted ha tirado a la basura porque todas las mujeres son una inútiles...¡machistas de m...!!

...en silencio como quien ora invoqué a mi inveterada e irreducible Paciencia que, amorosa, acude rauda a mi lado no bien se apercibe de que mi presencia de ánimo flaquea y mis nervios, tensos como cuerdas de guitarra, terminan saltando si no recibo auxilio de inmediato y acaba por suceder como ocurrió un par de días atrás, que una de las cuerdas al saltar me rompió un vaso...

Pero, hoy, ¡horror y espanto!, la mi Paciencia me deja oh sorpresa en la estacada - que qué otra cosa puede una pensar, así, al primer pronto - y en su lugar veo, muy sentada, allí, sobre la mesa de la cocina, pizpireta, una jovencita...encantadora, sí, desde luego...encantadora y linda pero que...y lamento decirlo - lamento decirlo, así se lo dije a la relaciones públicas de zona que es la que me corresponde porque lo pone el reverso de mi tarjeta de asociada que por delante lleva impreso mi número de socio y clave de referencia intransferible con código secreto y pin de seguridad y que siempre...bueno, siempre...las pocas veces que llamo, porque no soy una asociada quisquillosa y nada más recla

mo en casos muy extremos, como éste que me ocupa...siempre me ha atendido con una amabilidad sin tacha; lamento decirlo, señorita le reitero compungida pero no es mi Paciencia - no era mi Paciencia, y no lo era y no lo era y un disgusto horrible.

-Sí que lo es - me rebate taxativa la voz de la señorita relaciones.

-Que no, por Dios - sin perder yo la calma, todavía.

-¡Vaya que no! - muy seca ella -, lo estoy leyendo en el historial.

Esto me deja momentáneamente sin argumentos, porque si lo pone el historial, en letra impresa de impresora, de impresora apple de ordenador, de ordenador Pc World CD de rom me temo yo aunque no me guste que eso va a ser incontrovertible...

Aun así me resisto.

-Pero...- discurro, me esfuerzo en discurrir y me conecto el chip de la inteligencia rápida y ya está bien, desde que te levantaste no has tenido un pensamiento inteligente y ya es hora... porque es verdad, que al despertarme soy muy lenta y me dejo pensar cosas sin fuste; pero ahora me pongo a discurrir porque necesito a mi Paciencia de inmediato, sea como sea, más ahora que el muchachito feróstico y pendenciero ha abandonado su actitud hostil pataleante para venir a trepar, sigiloso, hasta el centro mismo de mi frente donde se sienta...sin la menor consideración a que con la presión de su trasero me está clavando un rulo que llevo puesto, que me levanto si no con los pelos de aquí del flequillo muy revueltos...y con sus piececitos oscilantes en el aire no deja de propinarme golpes, espaciados pero muy molestos, en el entrecejo -, pero...usted conoce a mi Paciencia, ¿verdad? - inquiero.

-No tengo el gusto - dice la voz.

-¿Que no? - pongo el grito en el cielo.

-Que no, que no. Que sí, que sí - dice la r.p.z.-; eso era un cruce, no he sido yo. Naturalmente que conozco a su Pacien

cia.

-Pues, en tal caso...usted debe saber...

-Oh, no, querida señora socia...yo, no (enfatisa), si yo tuviera que saber apañados que ibamos; ¿se imagina tantísimos clientes todos aquí dentro de mi cabeza?

-¿Y dónde entonces?

-Aquí - y oigo unas palmaditas cariñosas sobre algo que suena tan hueco o más que una cabeza de inteligencia media y el deslizar de un cajón y un ruido de papeles -; vamos a ver - suspira -: usted es la señora socia equis punto uve doble coma barra barra guión asterisco apóstrofe diéresis dolar abre parén tesis cierra paréntesis - y mientras ella va nombrando los signos yo los voy tomando al dictado porque tengo mucha costumbre de, cuando hablo por teléfono, hacer dibujos y garabatos con un rotuador, de forma automática, y sacando para afuera el labio inferior soplo hacia arriba por apartarle al chico los pies de mis ojos, que me están molestando - y lo que hay cruzado de piernas sobre la mesa de su cocina es ex-ac-ta-men-te su Paciencia.

Buen humor del carajo, ¡lárgate!.

Y mi clave de socia luce así sobre el papel:

x.w, //-*'"\$()

-¿Decía?

-No...otro cruce - me apresuro, ¡qué vergüenza, carajo yo tan fina! -; sí, si mis signos parecen, pero que...

-Pues, ahí tiene...

-No, no. Atiéndame, le ruego - tratando de dominar mi nerviosismo y sin parar en mientes de que la voz de mi r.p.z. me resulta hoy desconocidad, como rara -, yo sí que conozco bien a mi Paciencia y puedo asegurarle que ésta que me envían hoy no es la de siempre.

Como el mocosito sigue con sus coces entre mis dos cejas recapacito...es un Buen Humor de temperamento flemático o abúlico poco dado a perseverar pero hoy persiste, y eso sólo puede

estar siendo porque su interés en molestar me supere en mucho a su innata querencia a la gandería...y recapacito, que me toca a mí las narices tenerme que poner a recapacitar con la preocupación que me acongoja, pero recapacito y me reparto entre la capacitación y la congoja porque soy una mujer de mi tiempo y sé que en este mundo tan ajetreado que vivimos hay que saber estar a varias cosas a la vez, que o estás o pierdes comba, y recapacito que cuando no decae en su empeño es, sin duda, porque lo azuza su odiosa intención de molestar me, de amargarme la vida. Y con tanto recapacitar caigo en mi cena, que quién me mandaría, una de esas espantosas cenas numerosas de amigos entrañables de toda la vida que me pregunto yo que las vidas de quiénes. Y de quiénes porque a ver si alguien sabe decirme quiénes somos nosotros cuando nosotros mismos somos una indefinición amalgamada a base de un lento entrelazarse de rupturas; nosotros venimos siendo nosotros a lo largo de años a pesar de que Sisenio no es ya marido de Ledia y Regerio se ha incorporado, en segundas nupcias, como nuevo integrante del grupo a raíz de la separación de Atilia y Gorgonio poco antes de que desaparecieran Gedeón y Roquelina - con un intervalo entre ambos de tan sólo semanas - para ser sustituidos al lado de Ursina y Abrilio por Durante y Jovita, respectivamente.

Nos reunimos todas las noches de todos los miércoles desde tiempo inmemorial y no porque el miércoles ejerza sobre nuestra relación una atracción especial y sí únicamente porque alguien dijo "en viernes sale todo el mundo, es vulgar" y como todos queremos ser exquisitos y elegantes y gente de buen gusto nos apresuramos a acordar el reunirnos en miércoles por ejemplo, ¿qué os parece?, Ulrico, y el resto estuvimos conformes.

Porque la voz cantante la había llevado siempre Ulrico y todos los demás nos preguntábamos - los unos a los otros y siempre en petís comités como los llamaba Ivo y Quiteria calificaba de "medio clandestinos" porque tenían lugar en lunes, mar

tes o jueves (jamás por supuesto en sábado, y el domingo ni nombrarlo) y eran concertados a hurtadillas y poniendo muy buen cuidado de no incurrir en la metedura de pata de convocar a algún incondicional o amigo del alma de justo aquel, aquella o aquellos a quienes nos aprestábamos a poner como chupa de dómine -, nos preguntábamos...o debería decir nos preguntamos porque la misma situación se sigue dando, y los comités clandestinos concertándose y a hurtadillas y poniendo cuidado...o quizá es que ya ni nos preguntamos, de tan del todo hastiados; pero para lo demás me voy a instalar en el presente, más veraz...entre risitas un poco malévolas si la inquebrantabilidad de su matrimonio con Melesia es debida al muy tierno amor que entre ambos se profesan o más bien obedece - y ésta es la opinión más difundida y capitaneada por un Berendio zaherido por una insufrible Yoelia que no cesa en su "siempre serás un necio, no sé en qué estaba pensando cuando me casé contigo" y delante de todo el mundo - a estar encontrando en la inveterada ostentación del liderazgo como Crolanio la denomina, envidioso, de las cenas el paliativo a sus frustrados sueños de ser presidente de nadie sabe ya muy bien qué prestigiosa compañía vinculada al mundo de las finanzas.

-Te lo digo de veras - asegura Gibriante -; si no fuera por no perder el título de jefe éste ya la habría plantado.

-Y ¿quién te dice que no sería ella quién se esfumase?

-Bobadas, Melesia tiene muchísimo carácter - protesta Hersilia, que siempre se había caracterizado por su bondad y por ser amiga de sus amigas aunque en opinión de Flérída "parece buenecita, sí, pero ojito con ella que todas las de cintura de avispa y busto de portada de Phenhouse son idénticas" y, cuando una minifacción insurrecta murmuraba de la maledicente Flérída ¿habéis visto qué pécora?, salía indefectiblemente a los amenes Mectilda con "hay que ver cómo sois, ella no dice esas cosas en serio" porque ocupada siempre en mirarse a cada instante en un espejito que sacaba de su bolso para vigilar su maquillaje nunca

se enteraba...y sigue sin enterarse, a pesar de que alguna vez me la he encontrado y está ya tan ajada que no me explico cómo puede no caer en la cuenta de que mejor casi ya no mirarse...de de quién se decía qué otro quién estaba hablando.

Aunque un poco quizá si estaba sabiendo de qué iba ya que de Flérída no debía hacerse mucho caso porque siempre sentía una incondicional aversión hacia la que en cada etapa de nuestra vida social estuviera siendo la estrella por juventud o por belleza y, en aquel entonces, Hersilia estaba siendo, sin la menor duda, la más joven con mucho y con bastante la más bella si bien las cosas no hubieran sido así de haberse incorporado ella al nosotros apenas un par de meses atrás, antes de que Maya con sus exuberantes veinticinco años declarase compungida "te tengo mucho afecto, pero, no sé como decirte, prefiero alguien de mi edad" y dejara a Zenaído sumido en un monumental cabreo y a su cuenta corriente tiritando ya que la criaturita no se marchó, como suele decirse y rara vez ocurre, tal cual había llegado sino llevándose los buenos visones y un descapotable metalizado y de morirte y una colección de joyas absolutamente deslumbrante.

Ahora él, Zenaído...si tengo mi cuadro al día, y que quiero buscarlo...hace, escarmentado, la corte a Belisa, una dama madura y no excesivamente hermosa aunque de buen caracter, que agradece el estarse viendo tratada con agasajo por un individuo más joven que ella cuando a lo largo de décadas, tres por lo menos, dice Orestina, había sido tiranizada por un viejo iras cible y cruel que tuvo, eso sí, el buen acuerdo de morirse tras amasar una inmensa fortuna que gracias a la tacañería de su dueño nunca hizo otra cosa que crecer y crecer y, como mordaz apunta Clarencio, en la misma medida que ha ido disminuyendo el enojo (éste no dice cabreo como yo, que es muy pulido) del viejo sátiro, que así lo llama, que ya se acuerda apenas de su ex-amada que lo sustituyó por Pelagio dos meses antes...cuento, si en mi cuadro no está habiendo errores...de que Hersilia viniese a

ocupar el espacio vacío en el corazón de un Vitelio abandonado por una intolerante Palmira que declaró, muy tajante, no estar en absoluto dispuesta a continuar siendo testigo de cómo el joven idealista con el que se casara treinta años atrás se iba paulatinamente transformando en un ser innoble que cada día escudriñaba...y si escudriñaba seguirá escudriñando, que como decían las de la artesa, muy dadas a aforismos y a porverbios que ellas en su decir dicen dicterios y no diría yo que en verdad no lo sean, o alguna vez al menos...decían "el que nace lechón muere cochin^o", ellas, y, ella, Palmira: escudriñaba cuidadosamente hasta el último rincón de su propia conciencia por si aún quedaba aunque nada más fuera un ínfimo resquicio de ética que fuese conveniente desalojar.

-Y, fíjate - que había comentado con Enia, su mejor amiga y que por eso mismo no fue jamás de la pandilla - que ante mi perplejidad y cuando yo ya me creía que no era posible descender ni uno más de los peldaños de la ruindad porque se había ya tocado fondo él todavía encontraba algún hilacho de dignidad del que poder desprenderse. Lo dejé porque me asustó el poder llegar a habituarme a aguardar el un poco más con que a cada paso era capaz de sorprenderme.

Y yo me sorprendo, que no es para menos, de haber sido capaz de haber podido recordar tanto embrollo así, sin mirar el cuadro sinóptico con sus alianzas y desalianzas marcadas y corregidas y cien veces revisadas y puestas al día, y de haber hecho el acopio de valor de contarle no porque sean necesarios demasiados arrestos, ni porque sea importante, ni porque no me pareciera prescindible el callarlo, lo he contado porque se vea en toda su realidad y se comprenda que con semejante panorama...y dentro de un ratito de nada, que las pocas horas del día se pasan volando y con todo lo que tengo por hacer todavía...necesito mi Paciencia y sin falta, que ¿cómo supero yo si no la cena?; y también porque quede constancia, lo he contado, para que se vea que es

que la velada que me espera la requiere, y mucha, muchísima Pa
ciencia y que no soy yo una de esas pusilánimes que se ahogan
en un vaso de agua ni con un alpiste y, por eso, pese a la resis-
tencia que ofrece la relaciones públicas yo sigo reclamando la
que me pertenece e insisto, por la delgadita, en no es la mía.

-Vaya si lo es - muy tiesa la señorita erre pe etcéte-
ra, prodigando muy mermada dosis de lo que se supone dispensa,
que me llega a los oídos un tabalear impaciente de uñas largas
y muy rojas de forma ovalada y media luna sobre carpeta de pas-
tas azules y que dice tan clarito como si fuera morse iasco de
clienta más pesada que una mosca parda!

-Pero...- la noto tan tirante al otro lado del hilo de
mi inalámbrico que aun teniendo delante de mis narices la con
traseña irrefutable me invade una tremenda sensación de duda y
regreso presurosa por atisbar con sigilo y cerciorarme...no vaya
a ser que esté estando yo tonta...- pero, pero...no, mire: yo
tengo esta noche una cena absolutamente espeluznante y...(al mis
mo tiempo que inspeccionaba a la Paciencia nueva desde detrás
del quicio de la puerta ella me ha mirado desde encima de la me
sa y me dedica, al cruzarse las miradas, una sonrisa tan encanta-
dora, tan impregnada de bondad, que me siento cruel por obstinar-
me en rechazarla, pero...yo es que soy muy recta, y si no es mía
considero que no debo quedármela, que alguien la estará echando
en falta tal vez desesperado y al borde del infarto y pero...y
bajo la voz para que no me oiga)...¡necesito la mía! - grito ba
jito -, la mía y no esta jovencita tan menuda que estoy segura
que no puede con nada...¡está delgadísima!

-Está como siempre - dice.

-Eso lo dirá usted...y tú quita la tele...

-Porque es verdad...oiga, ¿otro cruce?

-No, una pequeña desavenencia doméstica, me llega una
voz de no se donde y eso es la tele..."soy tan viejísimo que ya
lo que se dice acordarme no puedo - dice, y eso debe de ser al

guien en la tele que la habrá puesto el niño, que qué vicio - pero estoy seguro de que si me tocó lo que me tocó fue porque..." lo que no me explico es que usted no lo oiga "...alguien tuvo la peregrina idea de que lo echáramos a suertes y yo..."

-Yo no oigo nada.

-¿A mí tampoco?

-A usted sí.

-Pues escúcheme bien - y mi tono es severo -: eso lo dirá usted.

-Lo digo porque no oigo nada.

-No se me escabulla; le hablo de esta chiquita, que no es la mía por más que usted se empecine en que sí.

-Me empecino en que sí porque es verdad - y me llega un suspiro a muchos decibelios porque la r.p. lo ha dado justo en la bocinilla cambiándose el teléfono de oreja, seguro, y apostaría a que también está poniendo los ojos en blanco como cuando se dice sin decir qué pelma.

-De eso nada - argullo..."a la vista está y tan claro como el agua (la tele) me ví asistido por muy poca; y no es que me queje" -, ¿tiene usted clarita, ahora mismo, en su cabeza la fisonomía de mi Paciencia?... "no me lamento porque ya a estas alturas de qué serviría, pero la resp..."...¿pero no lo está oyendo?

-Que sí - ella - pero ya le he dicho que en la cabeza no.

-Y ahora está diciendo "pero la responsabilidad que cargo sobre mis hombros, a veces de verdad que me agobia".

-¿Quién?

-¿Pues no le estoy diciendo que la tele?

-Ah...Clarita la tengo, pero en la cabeza no.

-¿A quién? - pregunto.

-A su Paciencia, ¡caramba!

-Ah, es que como no me ha dejado usted terminar..."isi

hubiera podido ser eligiendo - sigue la tele, la voz de un señor, pero yo a la relaciones no se lo digo ya porque tantas conversaciones a la vez yo no puedo -, a hurgar y revolver como en baratillo de feria, o a cala y cata como antaño se hacía con los melones!..."; que si tiene usted en la cabeza la fisonomía de la Paciencia mía o la de cualquier otro socio menos necesitado...

-¿La del santo Job, por ejemplo?

Y lo ha dicho la muy retorcida así como que con sarcasmo aunque yo lo hubiera olvidado, que rencorosa no soy, si no fuera porque no habría de terminar el día sin que el bíblico personaje irrumpiera por segunda vez en mi vida por algo que acaeció más tarde...luego...

-Sí - contesto - el santo Job había ya de ser él por sí mismo tan cachazudo y quemasangres que con una guarrería de Paciencia seguro que iba ya que se pelaba...pero, yo...

-Bueno - ella, expeditiva y a su grano, que en realidad es el mío -, que clarita sí pero en la cabeza no porque aviada iba a estar una si tuviera que llevar paciencias de todos los tamaños y colores que las hay...

-La mía es blanca - especifico rápida -, blanca y...

-¡Pero no se me pegue a la letra como una lapa!...Quiero decir paciencias y todo lo demás ahí embutido todo, igual que cuando se meten a presión pegotes de periódico arrugado dentro de los zapatos por que cedan, ¿usted no lo hace?... "de fijo que ahí habría andado yo más listo (la voz del señor de la tele entre los papeles de esta señorita) para quedarme con atribución de más lustre y menos albures..."...ipapeles mojados y luego al secador caliente!, un resultado fabuloso..."o quizá no, que vaya nadie a saber si al que aguardaba ya desde el principio de los tiempos tanta irremisibilidad como a mi me esperaba no..." ¡Oh!, no, que sería mortal de necesidad! - dice, parece que regresando al tema y dejándome sin oír qué decía el señor, que qué me importarán a mí los papeles mojados -: mire, la tengo en pantalla.

-¿Pantalla?

-Sí - dice -, mismamente "no le cuadraba más, aun antes del antes de, no decantarse por pores ni hacias - que no sé cómo puede ella decir que no lo oye si están ahí las voces mezclándose -; que a pesar de que me creo yo que, con gusto, con muchísimo contento, habría yo aceptado hacerme cargo de cualquier otro nombramiento no menos abstruso pero...", en este momento, pero no está ya sobre la mesa de la cocina "pero...en fin, no sé, que otro cualquiera, el que hubiera sido, el más estúpido si ustedes quieren pero otro, otro con tal de no ser yo mismo; el yo mismo que, intuyo, a la hora del reparto ya yo me conocía y nada ni nadie pudo salvarme de mí mismo." sino que se ha marchado al salón, se ha marchado al salón y platica con alguien.

-Pues habrán sido ellos los que han puesto la tele.

-Yo es que como la televisión no puedo verla...

-Mujer, es mala, pero de vez en cuando...

-No, si sí - dice - pero que yo no puedo verla.

-Pues no la vea, que es usted muy dueña...y, ¿dice usted que platica, y que con alguien?

-Sí - dice -, eso veo.

-¿Un niño pequeño con la cara muy sucia?

-No. Es un anciano.

-¿Un anciano que ahora está diciendo que a él le ronda siempre una indescriptible sensación de fracaso, de inexactitud, y de que a pesar de que por definición pura acude a su instante con precisión cronométrica nunca llega a sentirse plenamente satisfecho de sus intervenciones y que jamás está seguro de no haberse precipitado o de no haber, por el contrario, remoloneado en exceso ni de no estar pecando de demasiado ardor ni de escasez de celo?

-Huy, perdone pero yo ni idea.

-Pues no caigo entonces en quién pueda estar siendo por que mi Buen...bueno, quiero decir, que quien a mí se me ocurre

no puede haber envejecido de ese modo...porque, ¡cielos!, ¿no llevaremos tanto rato hablando, verdad?...que con la de cosas que tengo que hacer hoy.

-No. Llevamos poco.

-Ah. No sé, me noto desorientada...Dice que es la mía y que conversa con un viejo...¿en mi salón?

-Sentados en el tresillo. Ella bebe güisqui y el caballero nada más una tónica.

-Pues me está usted intrigando - le digo.

-Acérquese y mire por el ojo de la cerradura - me sugiere -, así sale de dudas.

-Huy, pero eso me da muchísima vergüenza...fisgar... ¡qué actividad tan despreciable!

-¿Despreciable, en su propia casa y con su propio güisqui? - y por su tono noto que se burla y hace mofa de mi poca resolución -; pues yo que usted no me cortaría ni un pelo.

Y echo una ojeada al espejo, buscando un argumento, que explicarle que la casa tiene una hipoteca y el güisqui es regalado no me parece bien, y me veo mi moño despeinado, que ya me he preguntado muchas veces si no debería...pues no sé, una melenita corta o a lo garcón, por ejemplo...quizá.

-¿Usted cree que no?

-Para nada - contesta.

Pues ahora sí que me lo corto - me digo -, que no hay cosa en el mundo que me dé más morcilla que dejarme gobernar, que hay que ver qué dispuesta está siempre la gente a cortar y tejer y organizar y tú lo que tienes que hacer es...Que no estoy dispuesta...que no quiero...

-¡Oiga, señora social!...¿está usted ahí? - y como me he quedado abstraída me sobresalta.

-Sí.

-Es que como nada más oía silencio.

-Me distraje.

-Pues tengo yo mucho que hacer - y la noto molesta.

Pues si yo le contara. Y a duras penas aparto la vista del teclado del teléfono, que cuando me quedo pensativa lo cuento todo maquinalmente y sin querer, aunque no me importe: doce botones redondos y otros seis alargados arriba que nunca he sabido utilizar.

-Disculpe - le digo -, es que estoy inmersa en un mar de confusiones.

-Me hago cargo - ahora su silencio lo oigo yo, pero me callo, no quiero ser vengativa. Al cabo de un ratito habla de nuevo -: lo que podemos hacer es que yo le envíe una copia por internet.

-¡Navegar yo! Eso sí que ni pensarlo...tecnología de moníaca que no sé adónde vamos a llegar; nefasto y deplorable invento que...

-Bueno, tampoco es para ponerse así - y oigo cómo pone los ojos en blanco -. Ya está, ¡le mando un fax!

-¡Un fax tampoco!, además, yo de eso no tengo...No podría salir por ninguna parte y se quedaría la copia ahí para siempre atascada dentro de la línea, asfixiándose...Además, copia ¿de qué?

-Pues, hija - me reconviene -, ¡vaya memoria cochambrosa que tiene usted! - y me viene a las mientes mi Memoria hecha una ruina metafísica tan andrajosa que parece una mendiga real acurrucada allí, en un rincón, alargando la mano para que le echen algo y todo el mundo pasa de largo -, ¿de qué va a ser?, pues por lo que usted ha telefoneado...una copia de su Paciencia para que vea usted que no hay error...y de paso podrá ver al caballero de la tónica y se entera de si lo conoce...que así al pronto a veces no se cae.

-No necesito copia - me rehago, y me pongo de pie y me paseo por la habitación un poco -, ni quiero volver a oír hablar de esa niña mocosa...

-A usted puede no gustarle, pero su expediente académico es inmejorable.

-¿Y de qué sirve el academicismo? Yo valoro en mucho más la Sabiduría adquirida mediante la práctica del día a día, del paso a paso que va como sin sentir imbuyendo de experiencia ...lenta y segura y de fiar...vamos, en una palabra, que quiero la Paciencia mía.

-¿Ya estamos otra vez? - y ahora lo que me llega por el hilo, porque estoy hablando por el inalámbrico aunque los botones que contaba eran del fijo, son unos golpecitos acompasados que se distingue perfectamente que ella los está dando con un mechero bic sobre la mesa de su despacho que es de ese cristal gordo que no me acuerdo ahora cómo se llama y le quiero preguntar a mi Memoria, pero se hace la loca mirando para otro lado y entre dientes murmura vete a la mierda bruja que nunca me das nada, ni los buenos días...Y me sonrojo un poco, porque es verdad, que cuando me desperté se me olvidó saludarla.

-Otra vez y todas las veces que haga falta.

-Pero, buena mujer, ¿cómo tendré que decirle que es la suya?

-¡La mía!...escuche usted, mi querida jovencita...porque usted es joven...seguro...

-No tanto, no vaya usted a creer...que ya tengo dos niños y tres divorcios.

-Eso no quiere decir nada - refuto (qué palabra tan fea) -; en estos tiempos tan modernos se vive muy deprisa.

-Todos los tiempos son modernos para quien los vive.

Y esta observación suya me ha parecido muy sensata, pero si me pongo a darle la razón en algo nos enzarzaremos de palique amistoso y ya no encontraré modo de que volvamos cada cual a nuestro sitio, retomar los papeles (pues, mira, tengo yo unos zapatos que me matan que a lo mejor con los periódicos mojados que ella dice...) y que lleve yo adelante mi reclamación que es,

aunque ya ni lo parezca, para lo que he llamado.

-¡Y si yo le contara - dice, con voz cargada de pesar y misterio - cuánto pasado llevo ya a mis espaldas!

-Nena, no me cuente su vida - sé que esto queda un tan to borde, pero tengo que recuperar el terreno perdido cuando ba jé la guardia, que qué me importará a mí si es joven -; si se quiere usted desahogar póngase en contacto con su r.p.z. corres pondiente...que me figuro que ustedes, las errepezetas, tendrán a su vez la relaciones públicas de zona subsiguiente a quien po der recurrir, ¿no?

-Sí, pero la de mi zona no me quiso admitir porque lleve qué rebotada. Le tengo interpuesta una demanda por estar negándo me un derecho casi humano.

-¡Bueno, humano del todo! - y no quiero yo que nos ami guemos, pero si tiene razón pues tendré que dársela -, y que, sí, ahí puede estar habiendo un derecho humano que esté siendo conculcado.

-Casi humano - porque ella insiste en su casi.

-Casi, sí, pero a fin de cuentas conculcado.

-Ya. Pues por eso. Pero parece que la cosa puede ir para largo...figúrese...con lo lenta que camina la justicia, que el otro día un señor viejito que la vio tan torpe le quiso obsequiar su propio bastón para que se apoyase...

-¡Oh, pero no hay que ceder a esos impulsos caritativi vos - protesto un poco enardecida - cuando posiblemente se esté tratando de la pequeña justicia, la justicia pedestre y mezquina, la justicia doméstica de los hombres y las mujeres y los niños...

-Bueno, yo no lo presencié, pero unos cuantos mirones declararon ante las cámaras que era la Justicia Divina.

-¿La Divina, la Justicia en grande, la ente abstracto?

-La ente, la ente...¿la conoce?

-Huy, claro que no.

-Pero a la pequeña sí, ¡so picarona!

-¡Pero qué va!, ¿qué la ha hecho pensar eso?

-Como conculcado suena a término jurídico, y usted lo ha dicho.

-Pero es que pillada de oídas se puede decir cualquier cosa.

-Eso es verdad.

Y me sumo en un silencio breve por cortar, que si por asentir y mostrarme de acuerdo me lleva otra vez a su terreno nos pondremos a hablar de tonterías, con lo que eso da de sí, y no terminaremos nunca y mi reclamación ahí, sin solventar.

-Bueno, nenita- rompo mi silencio -, a lo que íbamos, te decía...porque me permitirás que te trate de tú, ¿verdad que sí?, que bien segura estoy que aventajo en edad a tu señora madre y quién sabe si no incluso también a tu abuela, que ahora las abuelas, que nadie lo diría - pero como vi que me estaba enrollando otra vez más de la cuenta, de la cuenta mía, porque si ella estaba de servicio estaría encantada de matar el tiempo así, dejando en mis manos el arma homicida y luego fue la clienta, me pasé a lo mío y sin ni respirar por ahorrarme las pausas, que se me estaba echando el tiempo encima y tanto que hacer aún -, a lo que íbamos, que mi Paciencia es, pues, ¿cómo te diría yo?, ¿qué?, ¿cómo?, ah, que no me oye, claro, porque bajé la voz cuando quise evitar que esta nueva, la delgadita, me oyera y ya no la subí, disculpe; y como dice usted que está de cháchara en el salón pues mejor, que así pronuncio más a mi aire. Que le decía, mi Paciencia es corpulenta, mullidita, maternal y envolvente y...

-Oiga - me corta, otra vez muy seca, que parece la chiquita tener bruscos cambios de ánimo -, pues habrá hecho aerobico, o sauna o un lifting o algo.

-¿Un lifting mi Paciencia? - protesto -, ¡aerobico!, pero si la tengo baldadita de reuma...ayer sin ir más lejos tuve que pedir por favor a la vecina que me ayudara a levantarla, que yo sola no puedo con ella.

-Usted sabrá lo que hace - me amonesta - pero no es aconsejable que nos dejemos tocar la Paciencia por extraños. Yo al menos no consentiría que nadie me tocara la mía.

-Yo es que no soy demasiado escrupulosa y ya sabes el dicho: no hay ningún escrupuloso que no sea asqueroso.

-Ése no me lo sabía - replica, y me parece que una pizca amoscada -, pero mi joven abuela que es muy aficionada a los proverbios decía uno que dice...

-Déjelo - me pongo seria - que si nos enfrascamos en intercambiar conocimientos aforísticos nos van a dar las uvas.

-Y a mí me va a poner mi inspectora las peras a cuarto y me voy a enterar de lo que vale un peine, que ya me está mirando con malos ojos porque se la llevan los demonios cuando nos echa el guante pegando la hebra; de modo que abrevie, que yo me abro.

-Pero antes ultimemos.

-Pues, ale, venga - me dice.

-Que no es la mía.

-Que sí lo es - terca otra vez la r.p. de las puñetas que me está ya poniendo negra.

-No.

-Mire....- ahora me parece que la noto deseosa de dar carpetazo al tema porque quizá alguien le mete prisa ya que la oigo decir por lo bajo ya, ya, ya termino. Que es que ustedes los jefes tampoco se ponen de acuerdo y tan pronto dan órdenes de que atendamos muchos clientes aunque sea mal como de que ante todo amabilidad; y todo no puede ser, caray -, mire, quédese la só lo hoy y mañana le tengo localizada la suya.

-Ésta tan esmirriadina, pobrecita, a mí no me soluciona nada y menos hoy, precisamente, con el panorama que yo tengo en cuerdas.

-Pues...espere que pienso...- y oigo sobre la mesa de diseño del otro lado de la línea los golpecitos característicos

de quien hace memoria con un bolígrafo sobre el metacrilato y me pone contenta ver que la Memoria mía se despabila y se refresca echándose a la cara unas manos de agua de una fuente cercana - ¡Ya lo tengo! - exclama.

-¿Qué tiene? - que en este momento se me había ido de qué estábamos hablando.

-La solución - y parece radiante.

-¿Sí?

-Sí. Una segunda Paciencia, complementaria, de refuerzo.

-¿Dos Paciencias?

-Bueno. Usted dijo que la suya era grande; a mí me parece que este arreglo puede quedar sencillamente perfecto.

-No sé - dudo.

-¿Qué?

-Pues que lo veo un poco problemático.

-Usted verá - me anima - pero es una ocasión que ni pintiparada; figúrese que tenemos lista de espera, que hay muchísima demanda, pero ésta, que acaba de entrar por la puerta, se la puedo reexpedir sin registrar la entrada y, por supuesto, lo que sí espero de usted es que no se chive, que las trampas están muy penadas.

-No sé a quién podría chivarme, usted es mi único contacto con la agencia.

-¡Vaya usted a saber! - me refuta -, hay que tenerlo todo previsto por si aparece el Factor Sorpresa.

-Ah, sí. Conozco ese factor aunque a decir verdad no sabría decir ahora mismo donde podría encontrarlo...es tan inquieto, tan saltarín...por temporadas lo tengo amarrado y bajo siete llaves cual prisionero de Zenda, pero en cuanto abro la caja para sacar cualquier otra cosa así sin pensar me descuido y ¡zas!

-Pues termina usted de abrirla, por lo que veo.

-¿Qué cosa?

-La caja en que guarda todos los...no se me viene el nombre a la cabeza...En cajas están muy bien, yo siempre estoy diciendo que un domingo por la mañana mientras estoy con los ru los puestos y la lavadora en marcha me pongo y lo guardo también así, igual que usted, todo en cajas y etiquetado.

-No crea, que da muchos quebraderos de cabeza.

-Más quebraderos da el desorden en que yo los tengo. Ayer mismo, pasando la fregona, arrastré un Miedo a la oscuridad allí debajo de la mesilla y otro al ridículo que tenía yo desde que un día siendo niña y jugando a las prendas me tocó cantar y bailar, con lo mal que se me dio siempre. Menos mal que no era la aspiradora, que no hubieran salido con vida.

-Pues yo, fíjese, de a la muerte no tengo ningún Miedo.

-Pues yo uno y aunque pequeñito sí...casi podríamos llamarlo nada más un respeto...Bueno - pero su voz se torna eva siva, quiere cambiar de tema -, a lo que íbamos: que se la mando.

-¿La Paciencia complementaria?...no sé que le diga, me preocupa que entre ellas se lleven a matar, competitividades, en vidias, piques...esas cosas, que luego a todo el mundo le gusta destacar y sen el number one y no tengo yo ganas de estar todo el día de broncas.

-¡Querida señora socia, en ese punto no tiene que al bergar la menor preocupación!

-No, si por el albergue no es problema, tengo un alti llo del trastero ex profeso para las preocupaciones, pero que... temo, no sé, que sean guerreras...

-¡Guerreras! Dése cuenta de que estamos hablando de re signaciones, conformidades, tolerancias, flemas...que ¡por cier to!, una flema inglesa sí que tengo, le puede dar un toque polí glota y cosmopolita a su estar...Se la mando si quiere.

-No, que no hablo idiomas...y mire que confesar que hay cosas que no sé hacer me suele desagradar bastante, pero tam

bién me parece tonto apechugar y sólo por pura soberbia con una virtud a la que yo no entiendo.

-Bueno, no es menos cristiana que las de nuestra lengua.

-Pero algo protestanta seguro que sí.

-Claro; como es inglesa...

-Pero que, más que nada, en qué hablaríamos. Porque todas las diferencias se pueden salvar con buen diálogo, pero con la dificultad lingüística...

-Pues entonces no, claro - recapacita -; que la comunicación y el entendimiento son primordiales para que la vida discurra con fluidez, sin tiranteces.

-Por eso digo.

-Pues venga, le mando a la compatriota que le he ofrecido de estrangis y ni una palabra más.

-¡Espera, guapa! - me voy del tú al usted con una inconstancia exasperante, lo sé - ¿no irás a colocarme una que te hayan devuelto por incompetente; verdad?

-¡Pues claro que no. Vaya idea retorcida! ¿No la abochorna ser tan mal pensada? - parece muy molesta y eleva la voz, alterada -. Sepa usted que es una Paciencia con una hoja de servicios absolutamente intachable, ab-so-lu-ta-men-te...¿entiende?; figúrese que en los cerca de cien años que ha servido a su usuario anterior no hemos recibido de él ni una sola reclamación, ni la más mínima queja...

-Ah, ¿no?, ¿entonces por qué se la devuelve ahora? - suspicaz yo -. Algo tiene que haber hecho, que no se desprende uno de una Paciencia buena y leal así sin más ni más...con lo escasas que según tú están.

-El que la disfrutaba falleció.

-¿La Paciencia de un muerto? - y noto que me recorre la columna un escalofrío -. No la quiero.

-Pues dijo no tener miedo a la muerte.

-Son temas distintos.

-Allá usted; pero le convendría tomar una determinación y regresar a sus asuntos. En su salón la situación se complica.

-¿En mi salón?, ¿qué ocurre en mi salón?

-Irrumpió hace un rato un tercer personaje...le advertí de la aparición de un factor sorpresa pero usted no atendió. Es una señora que parece buscar algo, levanta cojines y abre cajones; pienso que hace preguntas a la Paciencia joven y al anciano porque ellos se encogen de hombros, como cuando se dice que uno no sabe.

-Casi debería de ir a mirar, ¿verdad?

-Eso ya se lo dije yo, pero, usted...con tantos pudores...

-Ya, pero es que esto empieza a pasar de castaño oscuro...Pero no cuelgo, eh, con tanto intruso me noto más segura sabiendo que al otro lado hay una voz amiga...aunque, ¿sabe?...le noto hoy la voz cambiada; ya me lo pareció al principio, ¿está tal vez acatarrada?

-Lo que estoy es volada, que no vea usted las miradas asesinas que me está echando la inspectora.

-¿Sí? - y se me escapa una risita y no me evado a la tentación de hacer un chiste que, encima, seguro que es malo. Además, nunca tuve mucho sentido de la oportunidad, pero así soy yo y -: eso debe de ser que está usted despertando en ella el Instinto Criminal. Ji, ji.

-No tiene gracia - protesta la r.p. -; con los malos instintos no se juega, lo sé bien.

-¿Usted los conoce? - le pregunto.

-Bueno...- parece que le cuesta confesarlo -, más o menos.

-Pues yo - y sin poderlo remediar me marco un farol... no sé cómo explicarlo, obedezco ciega al afán irrefrenable de

apabullar -, yo, aunque le parezca increíble, jamás me vi acecha da por ninguno...- mas como de repente me entra un remordimiento espantoso porque la he oído musitar "¡qué suerte!" recojo unas poquitas velas y hago una salvedad, aunque pequeña, que si me re tracto mucho notará que mentí - aunque...ahora que recuerdo, uno tuve una vez, hace ya mucho, pero se me marchitó...como una flor - sin poder sustraerme al símil poético.

-¿Como una flor del mal?

-Sí - respondo -, de Baudelaire.

-Ah, Baudelaire, yo lo tengo en piel - dice - en edición de lujo; pero no lo he leído.

-Pues yo en lujo no tengo nada - presumo -, adoro la sobriedad - Si bien, como no le quiero ir a la zaga en prudente y virtuosa, agrego de inmediato -: ¡pero yo tampoco lo he leído!

-Ha hecho usted muy bien...Ande - me apremia -, vaya al salón de una vez.

-Pero no me cuelgue.

-Vaaaaamos.

-Allá voy - me pongo en camino -. ¿Sabe?, tenemos suer te de estar utilizando mi inalámbrico, que así no se termina el cable y me evito accidentes, que la última vez que contesté por el fijo...era una vendedora de multipropiedades...en un movimien to brusco que hice sin querer se desencajó de la roseta y estuve durante más de una semana recogiendo de la alfombra sílabas y le tras de aquella señorita derramadas por toda la habitación...lo mismo que cuando se rompe un vaso de duralex. Y eso que anduve espabilada y amordacé la salida rápidamente con esparadrapo, pero aun así...apartamentos soleados en primera línea de playa, ahí, en mi cuartito de estar y unas muchachitas indecorosas en top-less y los agüetes con los ojos como platos, ahí, en mi cuarto de estar...a dos palmos de los bigotes del bisabuelo que era muy sev...

-Oiga, ¿aún falta mucho para llegar a su salón? Ya me

está doliendo la rabadilla.

-Ya hemos llegado.

Y desde detrás de la puerta me llega una voz monótona diciendo "soy tan imberbe. Recuerdo, no estoy chocho ni soy estulto ni me tomen por zote, recuerdo haber afirmado que soy un venerable anciano y eso continúa siendo cierto, que mi principio se remonta al arcano del acaecer y fue engendrado en lo más recóntito de sus orígenes allá por los albores de la preexistencia del entonces; si eso ya lo sé, ¡no iba a tener yo noticia de ello estando, como lo estoy, al tanto de me consubstancialidad!. Pues porque no soy un sinsustancia me doy cuenta de que estoy en pañales, que me falta experiencia y carezco de pesquis y cacumen para trazarme una recta senda y de ahí no desviarme. Debe de ser, infiero, porque habiendo de adecuarme a las circunstancias que aceleran o retardan las convergencias de los aconteceres me veo forzado a veces a avanzar con lentitud tan exasperante que si echo la vista atrás me pregunto ¿cuanto he avanzado? y me respondo poco, ¿cuanto he aprendido? y me contesto nada.

"No obstante mi barbilampiñez, de la que por supuesto sólo yo soy consciente y todos los demás ignoran, es verdad - y esto para mi beneficio - que mis decisiones son, indefectiblemente, no afirmarí a yo que incontrovertibles pero sí jamás contravenidas porque ¿quién tendría el poder de desautorizarlas?. Nadie; que todos bajan el testuz y dicen oh, ha sido él.

"Nadie, pero lo que sí se puede pretender, y a veces se intenta, es tratar de tenderme trampas; y me las tienden, a troche y moche.

"¡Incautos!

"¿Será posible que no se den cuenta de que con todos sus trucos yo ya cuento?. Estoy tan ejercitado en buscarles a todos las vueltas que con qué me la podrían dar con queso a mí. Pues, lo que yo me digo, que con nada; sin embargo lo que sí que hacen es que me respetan, ya ven, todos, el grupo completo, y

no se hacen ustedes idea de con cuánto mimo y agasajo me adulan si bien ellos alegan que es respeto; no sé, no confío en ellos, tanta deferencia y obsequiosidad no pueden estar encerrando nada bueno y llego a veces incluso, fíjense, a maliciarme cuando me pillan con la suspicacia revuelta que lo que ocurre es que me tinen miedo, miedo porque se piensan que soy valiente, terrible, invulnerable, que me asisten una reciedumbre y un aliento que yo no me encuentro pero, y a lo que puedo inferir ha trascendido, ya se me consideran inherentes que loigan, hasta una ópera me tiene dedicada un compositor y de los más insignes!; y sí, me agrada, no lo negaré, pero también me irrita, me encocora porque me pregunto yo, admirado, ¿miedo a mí?, ¿aguerrido yo?; imiedo a mí y aguerrido yo cuando de entre todos los entes de razón soy el más indefenso!

"Eso me digo...¿o seré de ficción?"

-¡Vamos, diga algo!

-Es que no lo sé - le digo a la r.p.

-¿No sabe qué?

-No sé de qué pueda estar siendo un ente.

-Pues no pregunte a nadie, es un consejo.

-¡Bobadas! - rebato -; toda pregunta que puede ser formulada está ya teniendo en algún lugar respuesta.

-Ese es el problema, que en qué lugar.

-Pues...

-Pues no. Llevo yo, por ponerle un ejemplo, preguntándome desde mi más tierna infancia por qué es saladilla la D y aún no...

-¡Saladilla la D!

-Sí, saladilla.

-Pues en un parque; ahí está la respuesta.

-Bueno - y creía yo que iba a agradecermelo más, la muy antipática -, eso ya es algo.

-¿No quiere saber en cuál?

-No - declina -, después de tantísimo tiempo suspirando por ella...¿se imagina lo que sería para mí ceder un día a la tentación de ir a buscarla y encontrarme con que tal vez es sólo una respuesta estúpida?

-¿Y eso me lo está preguntando usted a mí?

-¡No sea cruel! - y en su voz levemente temblorosa se trasluce que está debatiéndose entre el querer y no querer - ¡No me dé pistas!

-Allá usted.

-Pues, eso - y oigo cómo endereza desdeñosa la espalda y alza la barbilla -; allá yo. Y usted indague.

-¡Pero si yo ya lo sé!

-Que indague en su salón.

-Ah.

-¿Qué ve?

-En el punto de mira del agujero de la llave tengo al señor anciano...

-¿Y? - me pregunta, escueta.

-Pues que no lo conozco.

-Me lo temía - dice.

-¿Por qué? - le digo.

-Casi nadie suele conocer al suyo.

-¿Este viejito es mío?

-¿Y de quién si no si está en su casa?

-Pues no sé...quizá si me echara una mano mi Memoria.

-¿Su Memoria? - en tonillo despectivo -, esa no sabrá nada.

-Y aunque supiera, no me ayudaría y menos hoy que andamos medio enemistadas; le sentó mal que dice que esta mañana no la saludé, y como es tan vengativa...

-Vengativa y traidora.

-¿La suya también? - me intereso, ilusionada.

-Huy, mucho. Figúrese que ayer - me cuenta - una cita

importantísima que tenía se negó a recordármela.

-Es que esas cosas conviene apuntarlas en una agenda.

-¡Huy, pero calle, que la cosa tuvo más pelendengue!, inaturalmente que lo tenía en la agenda!, pero quise yo demostrarle mi confianza y no miré. Pues ¿puede usted creer que no hubo forma de que se le moviera el alma?

-¡Qué cabrona! - exclamo, que a mí las deslealtades me encienden mucho.

-Sí, hija, como lo oye. Vi la televisión, planché, me pinté las uñas, leí el periódico e hice dos crucigramas y todo el rato preguntándole "¿no tienes nada que decirme?" pero ella, cabrona, lo ha dicho usted muy bien, haciéndose la desentendida y a su bola...

-¿Y qué pasó?

-Pasó, pues lo que tenía que pasar - y noto en la voz de mi interlocutora una mal refrenada Ira Contenida, un poco pálida ya -; que tuve que agachar las orejas y terminar por mirar en la agenda.

-Menos mal.

-Menos no - se me vuelve a escrespar -; con tantas contemplaciones llegué ya tarde, claro.

-¡Vaya faena! - me conduelo -. Por cosas así es por lo que yo a la mía nada más le confío cosas que no me importan como cuándo descubrió Colón América o la tabla de multiplicar...que qué me importará a mí cuántas son tres por dos cuando puedo preguntar a cualquiera...o qué partido está en el gobierno. Pero los temas clave los llevo yo personalmente.

-Eso es actuar con Lógica.

-¿Verdad que sí?...Bueno, también es verdad que para que no se me apoltrone y se sienta útil le encargo a veces pequeñas misiones de escaso riesgo.

-Es una buena idea; me la apuntaré. Y, por ahí, ¿cómo están las cosas?

-¿Por aquí? Pues en este momento no oigo nada - digo, y pregunto -: ¿en su pantalla qué sale?

-Ahora están sentados los tres en torno a la mesita baja y se miran. El señor con una sonrisita de suficiencia, así como de quien reta a "no lo acertaréis".

-¿Una adivinanza?

-Debe de ser - asiente.

-¡Me encantan las adivinanzas!

-Pues, ale - me urge -. Aplíquese que es para hoy.

-No sé si va a ser posible que le llegue a usted la voz, que estoy un poco lejos.

-No se preocupe; usted retrasmite y con la imagen que yo tengo nos montamos la peli.

-Nos vamos a liar.

-Yo soy muy lista - engreida, ella.

-Pues yo no soy muy tonta.

-¡Silencio! - me impone -: la señora se ha puesto en pie de un salto.

-"Casi casi lo tengo", exclama - digo yo.

-Y el anciano se atusa los bigotes - dice ella, y yo le digo "al viejo no me lo cuente porque ya lo veo yo" y ella dice "bueno, vale" y yo digo : "eso es lo que a usted le parece, mi querida señora", dice el anciano sacando pecho con arrogancia.

-Todo lo gestual y mímico sálteselo, que lo tengo en pantalla - me recuerda, devolviéndome la pelota. Y que las apreciaciones subjetivas como con arrogancia que también me las coma.

-Hija, bueno - me quejo - "pero no se haga ilusiones, muñeca", le dice él a ella - le digo - "porque a mí no ha logrado desentrañarme nadie por más que muchos lo han intentado desde que el mundo es mundo - proclama -, ni me desentrañarán jamás", vaticina - especifico.

-Y, la señora ¿qué responde?

-"Te conozco bacalao, aunque vengas disfrazao".

-¿Eso es todo?

-Por el momento sí - digo.

-Y, ¿se le ocurre algo?

-Pues, así, con tan pocas pistas...

-Espere - dice ella -; la joven, ahora, se inclina hacia él, y la encuentro un aire retador.

-Sí - digo -, ya habla.

-¿Y qué dice?

-No me atosigue.

-No se coma texto en el doblaje - me reclama -, que le noto en los labios que la frase es más larga.

-Pero si te digo a tí.

-Ah. Venga, escuche.

- "¿No le parece su afirmación, caballero, tal vez un poquito fatua?", dice la joven - digo yo sintiéndome un algo desarbolada teniéndome que ceñir tan sólo a las palabras, sin poder apoyarme en el gesto, en el movimiento de las manos de la hablante; ignorando si su pregunta va acompañada de un fruncimiento de nariz o de unas cejas enarcadas. Y pienso en voz alta -: No me gusta, no me gusta nada.

-Ya - y la voz de mi interlocutora vuelve a parecerme tensa -; como a usted, ya desde el principio, no le cayó simpática.

-Ahora no lo decía por ella - digo.

-Ah. Él...no le gusta él - dice ella - y a mí me parece que tampoco. Que parece un poquito pedante, ¿verdad?...ni me desentrañarán jamás - y ha repetido la aseveración del señor en un tono sarcástico, en falsete. Y luego añade -: ¡Ja!, pues me nuda es mi Paciencia, denle tiempo y verán.

-Menudita sí es, pero suya no - le recuerdo -; bien que ha insistido en que es ex-ac-ta-men-te la mía, ¿no? Pues no quiera quitármela ahora, que a este paso me quedaré sin ninguna y...¿le he contado que tengo una cena horrible?

-Todos tenemos alguna vez cenas horribles - ella, y me molesta que sin tener ni idea se tome la libertad de minizar mi problema.

-Pero ésta es espantosa - me he puesto de pie y me desentiendo de mis huéspedes allá, al otro lado del agujero de la llave por el que ya no escucho - y necesito acudir muy templada por aquello de poder soportarla, y...- me doy paseitos disgustados a lo largo del pasillo - para colmo no sé dónde a ido a esconderse mi Sarcasmo...¿le conté que va siempre provisto de una libretita en la que lleva apuntados sus tantos?...Es un Sarcasmo ridículo, pero sin él estoy perdida...¿Ve?, otra cosa, me acabo de acordar de que sin falta le tengo que afilar las uñas.

-¿Afilárselas? - parece discrepar -. Pues yo, al mío, cuando me veo ante situaciones conflictivas lo que hago es que se las corto, pero al rape.

-Porque será usted una mujer de talante sereno.

-No - desestima, y sé que ha levantado ligeramente un hombro -, pero detesto las broncas.

-¿Y quién habla de broncas? - hablo como pensativa, sin énfasis, me percato de ello y lanzo una mirada hostil a mi Humorcito que, en algún momento que me pillara en otra cosa, había abandonado mi entrecejo y ahora se alejaba caminando presuroso a cuatro patas en dirección a la puerta cerrada y balbuciendo jubiloso y muy excitado "ma...ma...mamá...aj...ta...guuuu" señalán dome con su dedito el picaporte, pero no le hago caso... los niños son tan caprichosos...-. No se trata de broncas, que también yo las detesto, ¿o se ha pensado usted, tú, jovencita, que soy uno de esos seres irascibles que gustan de andar siempre a la greña?

-Yo no he pensado nada de eso - protesta -, que ya le he pedido que haga usted el favor de no ser maliciosa... Vamos - se pasa a un tono conciliatorio -; sigamos con lo nuestro que, por cierto, ¿dónde está usted ahora?, oigo mucha distancia entre

usted y los conversadores.

-Sí - digo -, me he marchado - y me siento enfurruñada en el extremo opuesto del pasillo, con las rodillas encogidas y arrebujaada en mi bata -, me he marchado porque es una situación que me disgusta - me arranco un pellejo del pulgar, y también de biera de arreglar mis propias manos...no voy a tener tiempo -, me desagrada estar ahí agazapada como quien escucha a traición algo que no le concierne.

-¡Pero sí le concierne! - me rebate - Al fin y al cabo los que están de cháchara son cualidades tuyas, de usted, y la asiste todo el derecho del mundo a estar al tanto de qué le tie nen reservado.

-Es que...no sé...- ahora miro ceñuda la puntera de una de mis zapatillas, rota y con el dedo gordo asomando - me no to ridícula, incapaz de aplicar entusiasmo ninguno, ni viveza, a ir retransmitiendo como un loro nada más lo que oigo, así, a secas y sin el amparo de poderlo reforzar con el énfasis que con fieren las actitudes, los ademanes...el apartarse el cabello de la cara al tiempo que se echa la cabeza hacia atrás clamando con los ojos elevados al cielo ¡oh, no! o algo por el estilo, no sé si me comprende...¡Oh!, ¡cielos!, ahora se ha puesto a berrear.

-¿Qué ha sido eso?

-Él - le explico -, está llorando a lágrima viva.

-¿Quién? - pregunta.

-El niño; claro.

-Ah, ya. Aquel niño pequeño de la cara sucia que usted mencionó...pero, no es suyo, ¿verdad?...porque en el ordenador usted figura: cónyuge, casilla en blanco; hijos, ninguna cruz... De modo que...un sobrinito, tal vez...¿sí?

-¿A usted qué más le da? - he llegado hasta el mocoso que me mira con las mejillas llenas de lágrimas y sin dejar de golpear la puerta con su manita amááá con su lengüecilla de tra po. Y patalea y dudo entre cogerlo en brazos y darle unos golpe

citos en la espalda no llores, mi niño mi cielo, reyecito mío que me parece una manera estúpida de tratarlo o ponerme a patalear yo también vociferando "no puedo más"; y como no me decido me quedo ahí mirando y le digo al inalámbrico -: no es un sobrinito, y aunque sé que va a reírse le voy a decir la verdad únicante porque es lo que más fácil me resulta...

-¡Un hijo natural que nunca ha declarado!

-No, aún no ha declarado, que en eso acierta usted; pero no es mi hijo - hago una pausa y trago saliva -: él es mi Buen Humor. Venga, mófese.

-No me pienso mofar - asegura, absolutamente seria.

-¿No?

-No. Un Buen Humor tan afligido me destroza el alma.

-¡Pues figúrese lo que estará pasando yo sin haberle visto una buena cara podríamos decir casi que jamás!

-No la creo - dice la r.p. en tono de buena amiga dispuesta a consolarme -¡Con lo cariñosísimos que son los Humores Buenos! Eso será nada más hoy que se ha levantado con un mal milenio o que...y discúlpeme si mi juicio es tal vez un poco aventurado pero...o que usted no lo sabe tratar.

-No sé si sé - ahora él se ha callado, cansado tal vez, y exhala un profundo suspiro -. No sé si sé pero sí sé que hago todo lo que puedo; más teniendo en cuenta que me fue impuesto y sin opción a elegir: abrí la puerta y ahí estaba, en un cesto como Moisés en el Nilo en mitad del descansillo.

-¡Pero eso es un regalo magnífico!

-Y un jamón.

-¡Muchísimo mejor que la cesta de Navidad más fastuosa! Créame, querida señora equis punto doble uve y todo lo demás que la estoy envidiando frenéticamente; no lo puedo evitar por más que la envidia sea un sentimiento repugnante. Ande, desprecieme, escúpame, eríjase en mi brazo secular.

-Escupir es una guarrería y lo del brazo me noto como